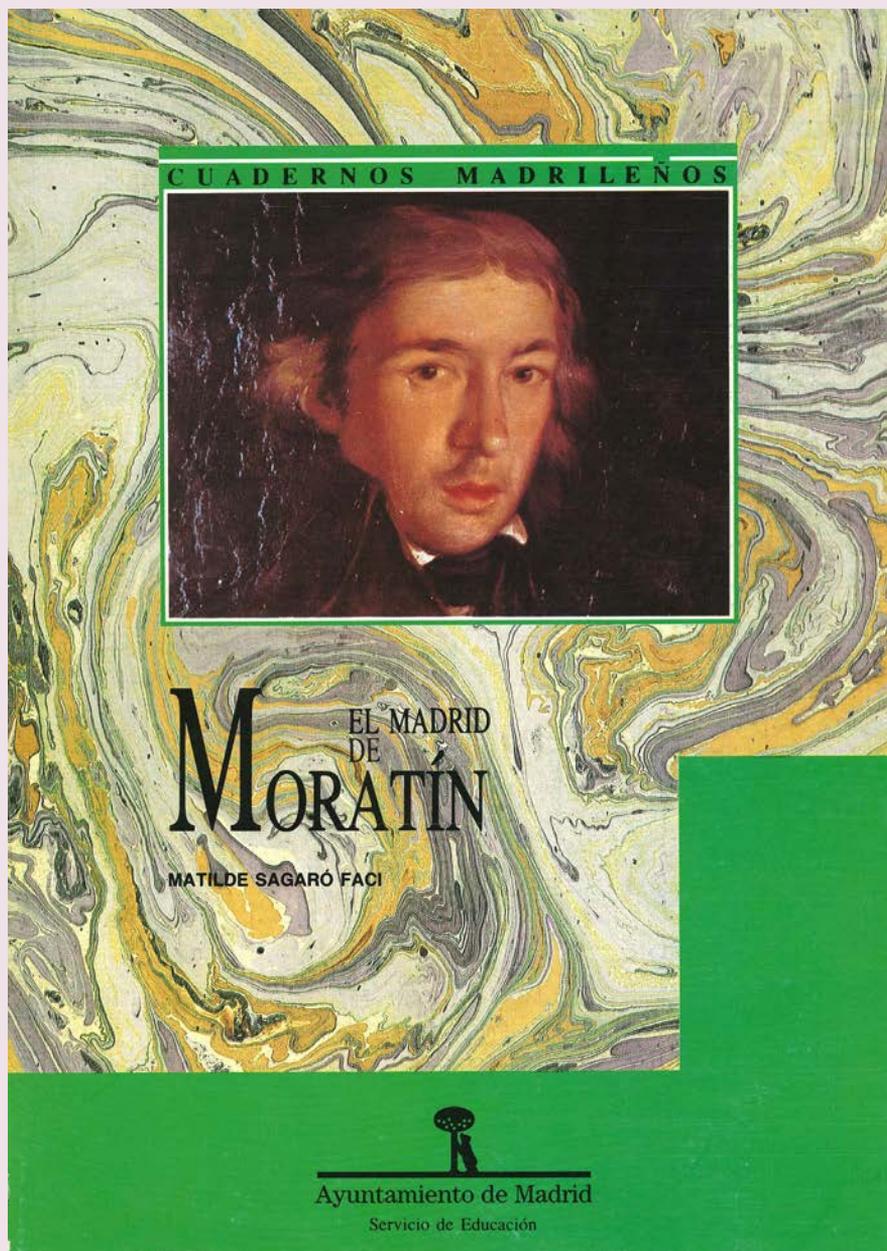
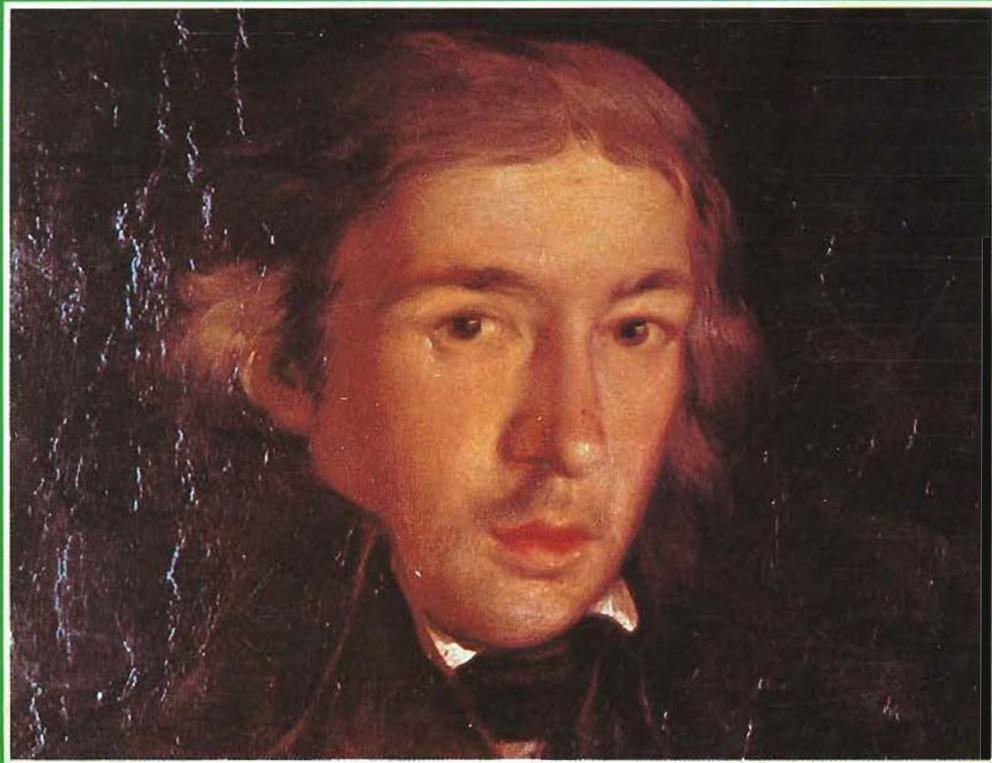




Madrid, un libro abierto



CUADERNOS MADRILEÑOS



EL MADRID
DE
MORATÍN

MATILDE SAGARÓ FACI



Ayuntamiento de Madrid

Servicio de Educación



Portada: Goya. Retrato de Moratín. (Biblioteca Nacional).

EL MADRID DE MORATÍN

MATILDE SAGARÓ FACI

Colección: Cuadernos Madrileños R-L-3
Autora: Matilde Sagaró Faci
Publicaciones del Servicio de Educación
del Ayuntamiento de Madrid.
Depósito Legal: M. 3517-1991.
Imprime: Artes Gráficas Municipales.
Área de Régimen Interior y Personal.

Edita:

Servicio de Educación del Ayuntamiento de Madrid.
C/ Mejía Lequerica, 21. 28004 Madrid. Telf.: 447 54 50.

Uno de los retos que hoy tienen los sistemas educativos de los países de nuestro entorno histórico-cultural, cara al siglo XXI, es el logro de la calidad de enseñanza. La mayor parte de los analistas coinciden en que, para alcanzar este objetivo, es necesario integrar dos elementos fundamentales: apoyo a los profesores y renovación científica-didáctica de la escuela.

En aras de que este planteamiento sea una feliz realidad, el Ayuntamiento de Madrid, a través de la Concejalía de Cultura, Educación, Juventud y Deporte, ha diseñado una política de apoyo a los centros docentes, uno de cuyos programas es la publicación de la Colección "Cuadernos Madrileños". El objetivo de este programa es dar a conocer el entorno de nuestra ciudad, con sus ricos matices, sus múltiples facetas, su Historia, su Arte, su Naturaleza, su vitalidad... En una palabra, el pasado y el presente de Madrid como lugar de vida en común.

La colección se ha estructurado en diversas secciones, como son: Museos, Actividades Artísticas, Recorridos Literarios, Recorridos Urbanísticos, Vida en la Ciudad y Naturaleza. Con ellas queremos mostrar la diversidad de nuestra ciudad, todo ello en lenguaje y estilo pedagógico, cara a los profesores que son sus destinatarios.

La referida colección viene a completar los programas de visitas a distintos espacios, facetas, dependencias y lugares de la ciudad y su área de influencia, a fin de que la Comunidad Educativa (profesores, padres y alumnos) aprecie y valore cada día más esta parte del territorio nacional en el que nos ha tocado vivir.

Variado, rico y multidisciplinar es lo que oferta Madrid a los centros docentes; sería nuestro deseo que esta oferta fuera aprovechada. En esa línea se inscriben estos "Cuadernos Madrileños" que representan un hito más dentro de las preocupaciones que por la Educación, lo que es tanto como decir por el futuro, tiene el actual Equipo de Gobierno.



Agustín Rodríguez Sahagún
Alcalde de Madrid



NDICE

	Pág.
1. ORIENTACIÓN TEÓRICA	12
— <i>Moratín y Madrid: aspectos históricos, sociales y culturales</i>	12
— <i>Biografía madrileña de Leandro Fernández de Moratín</i>	18
— <i>Panorama general del teatro en Madrid en el siglo XVIII: el teatro postbarroco, el teatro popular y el teatro neoclásico</i>	21
— <i>Los teatros de Madrid</i>	23
— <i>Las comedias de Moratín</i>	24
2. ITINERARIO	27
— <i>El Madrid de Moratín</i>	27
3. LECTURAS	37
— <i>Madrid en los textos de Moratín</i>	37
— <i>“La despedida”</i>	37
— <i>“Elegía a las Musas”</i>	37
— <i>“La petimetra en el Paseo del Prado”</i>	37
— <i>“Buscando esposa en el Prado”</i>	38
— <i>“El barrio de los actores”</i>	38
— <i>“Los abuelos de Moratín”</i>	39
— <i>“La venta de comedias en el Mentidero de los representantes”</i>	39
— <i>“Las virtudes de la mujer casadera”</i>	40
— <i>“Críticas de Moratín al teatro de su tiempo”</i>	40
— <i>“Sobre la impresión y venta de comedias”</i>	41
— <i>“Doña Mariquita pierde la ocasión de casarse”</i>	42
— <i>“Carta de Moratín a “Paquita Muñoz.”</i>	42
4. ORIENTACIONES DIDÁCTICAS	43
— <i>Sugerencias de actividades</i>	43
— <i>Propuestas del comentario y otros ejercicios</i>	44
5. BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL	45

P RESENTACIÓN

Los “Recorridos Literarios” de ***Cuadernos Madrileños***

tienen por objeto realizar una aproximación a los escritores que han vivido y escrito sobre Madrid y contribuir al conocimiento de su vinculación a la ciudad.

Este cuaderno literario consta de *tres apartados temáticos*. ***El primero*** de los cuales da noticias sobre la época, el autor y los aspectos literarios más relevantes. El ***segundo*** apartado lo

constituyen el itinerario propiamente dicho y las lecturas que se refieren a los puntos de parada. ***La última parte*** es de aplicación pedagógica y consiste en una propuesta de ejercicios que los alumnos pueden realizar. El cuaderno se complementa con una bibliografía básica y el índice de contenidos.

Si los cuadernos se utilizan para recorridos escolares, las noticias que contiene el primer apartado ayudarán a la preparación de la salida. El último apartado servirá para el aprovechamiento didáctico después de la salida.



INTRODUCCIÓN

Este cuaderno sobre el Madrid de Moratín pretende un

acercamiento al escritor y al tiempo que le tocó vivir y ha de servir también para conocer cómo era la ciudad en el siglo XVIII, qué cuestiones preocupaban a los habitantes de la villa y corte y cómo era la vida cotidiana de Madrid.

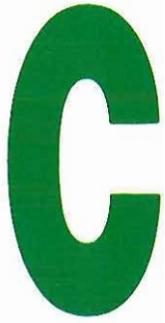
La lectura de la obra de Moratín ofrece información interesante sobre la ciudad. El escritor emite juicios favorables sobre las instituciones, monumentos y obras levantadas en la ciudad, pero es mucho más severo con los habitantes a los que afea su afición por los espectáculos sin calidad, su apego a las tradiciones y su resistencia a las renovaciones ilustradas. De esta crítica se salva un reducido grupo de personas, los ilustrados, a cuyo círculo pertenece Moratín.

Sus vivencias de Madrid y el conocimiento de sus habitantes son muy grandes debido a que el escritor pasó la mayor parte de su vida en la ciudad. Su obra entera y su correspondencia están salpicadas de juicios y opiniones sobre ella, pero hay un obra, *La comedia nueva o el café*, donde el escritor ofrece una pintura viva de la ciudad a finales de siglo. La acción se sitúa en un café cercano a un teatro. En él, al margen de la propia acción dramática, se adivina un mundo variopinto de parroquianos de diferentes clases sociales, con tipos populares bien definidos a los que acucia el problema de la subsistencia diaria. A través de ellos y de sus conversaciones se entrevee el trajín diario de Madrid, en sus calles, establecimientos públicos y en los corrillos de gente que se juntan a hablar de los más variados asuntos.

Con objeto de ayudar al conocimiento de este Madrid en plena transformación social, cultural y urbanística, hemos introducido unas páginas de información general sobre el siglo XVIII que se complementan con otras sobre la vida del escritor en la ciudad. Algunas observaciones generales sobre sus obras cierran esta primera parte del cuaderno.

Las páginas siguientes ofrecen un recorrido por los lugares moratinianos más significativos. Nuestro propósito va encaminado a conseguir un paseo agradable y evocador del Madrid dieciochesco vinculado a Moratín. Incorporamos una antología de textos alusivos a lugares, costumbres sociales y problemas estéticos que contribuirán a un conocimiento directo de la vida, el pensamiento y la obra del escritor.

La última parte del cuaderno consiste en una propuesta de actividades pensadas para que el alumno se ejercite en la comprensión, estudio y análisis de textos literarios y ponga en práctica posteriormente sus conocimientos con un acercamiento personal al escritor y las realidades vinculadas con él.



CUADRO CRONOLÓGICO

Vida de Moratín

- 1760.- Nace Moratín.
- 1769.- La familia se traslada a la calle de la Puebla.
- 1770.- Escribe sus primeros versos a Sabina Conti.
- 1778.- Trabaja como joyero.
- 1779.- Obtiene un accesit por “La toma de Granada”.
- 1780.- Muere Nicolás Fdez. de Moratín. Hace amistad con Forner.
- 1782.- Obtiene un accesit con “La lección poética”.
- 1785.- Muere su madre.
- 1786.- Intenta, sin conseguirlo, el estreno de “El viejo y la niña”.
- 1787.- Viaje a París. Escribe “El barón”.
- 1788.- Vuelve a Madrid.
- 1789.- Escribe “La derrota de los pedantes”.
- 1790.- Estrena “El viejo y la niña”.
- 1792.- Estrena “La comedia nueva o el café”. Viaja por Europa.
- 1797.- Vuelve a Madrid y desempeña el puesto de secretario de interpretación de lenguas.
- 1798.- Conoce a Paquita Muñoz y a Goya.
- 1801.- Reuniones y tertulias.
- 1802.- Compra dos casas en Madrid.
- 1803.- Estrena “El barón”.
- 1804.- Estrena “La mojigata”.
- 1805.- Edita “El sí de las niñas”.
- 1806.- Estrena “El sí de las niñas” y rompe su compromiso con Paquita Muñoz.
- 1808.- Tiene problemas personales a causa de su postura frente a los acontecimientos políticos.
- 1811.- Recibe el nombramiento de Bibliotecario Mayor de la Biblioteca Real.
- 1812.- Se estrena su versión de “La escuela de los maridos”. Abandona Madrid y se dirige a Valencia.
- 1814.- Se estrena su versión de “El médico a palos”.
- 1817.- Marcha a Montpellier y París.
- 1821.- Regresa a Barcelona. Recibe el nombramiento de académico de la RAE y lo rechaza. Abandona Barcelona.
- 1823.- Vive en Burdeos. Publica su “Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español”.
- 1824.- Se estrena “El sí de las niñas”, en París.
- 1825.- Se editan sus obras en París. Publica un “Catálogo de las piezas dramáticas publicadas en España desde el principio del siglo XVIII hasta la presente época”.
- 1827.- Se traslada a vivir a París con la familia de su amigo Manuel Silvela.
- 1828.- Muere en París el 20 de junio.

Acontecimientos culturales y políticos

- 1762.- Su padre publica "La petimetra". Se funda la primera Sociedad de Amigos del País.
- 1766.- Motín de Esquilache.
- 1772.- Cadalso: "Los eruditos a la violeta".
- 1775.- Su padre publica "Oda a Pedro Romero".
- 1775.- Ventura Rodríguez: Fuente de Apolo del Paseo del Prado.
- 1778.- Sabatini: La Puerta de Alcalá.
- 1782.- Iriarte: "Fábulas literarias".
- 1784.- Samaniego: "Fábulas morales".
- 1788.- Muere Carlos III. Sube al trono Carlos IV.
- 1789.- Cadalso: "Cartas marruecas".
- 1792.- Goya inicia los "Caprichos".
- 1799.- Goya pinta el retrato de Moratín.
- 1804.- Napoleón es proclamado Emperador.
- 1808.- La invasión francesa. Carlos IV abdica en su hijo Fernando VII. Guerra de la Independencia.
- 1811.- Muere Jovellanos.
- 1812.- Las cortes de Cádiz. Los franceses se retiran de España.
- 1814.- Fernando VII regresa a España.
- 1817.- La "Tauromaquia" de Goya.
- 1823.- Goya vive en Burdeos y trata a Moratín.
- 1828.- Ejecución de Mariana Pineda.

1. ORIENTACIÓN TEÓRICA: Moratín y Madrid

A

SPECTOS HISTÓRICOS

La vida de Leandro Fernández de Moratín transcurre durante los reinados de Carlos III, Carlos IV, José Bonaparte y Fernando VII.

El reinado de Carlos III (1759-1788) sobresale por sus reformas urbanísticas y por la preocupación por la cultura, el progreso y el bienestar social y económico de los españoles.

Carlos V (1788-1808), hombre de carácter débil y sometido a los caprichos de su esposa, la reina María Luisa, y a su valido Manuel Godoy, declara la guerra a Francia y a Inglaterra y pierde ambas, con desastrosas consecuencias

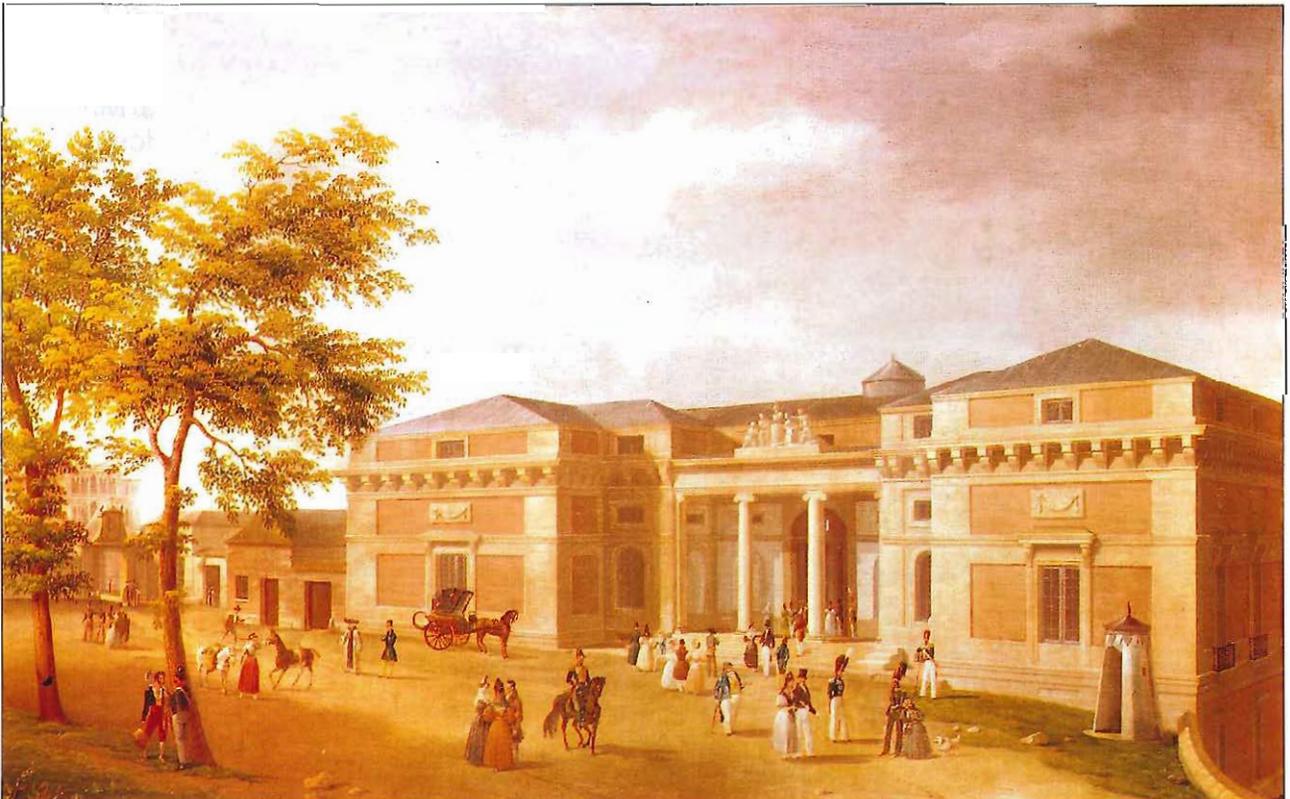
para España. La conspiración de su propio hijo y heredero al trono y el motín de Aranjuez, lo obligaron a abdicar en favor de Fernando VII.

Tiempo después, Carlos IV pidió ayuda a Napoleón, y este último aprovechó la ocasión para invadir España y poner en el trono a su hermano José. El pueblo de Madrid se levantó en armas en 1808 y la guerra de expulsión de los franceses duró hasta 1814.

Ese mismo año regresa Fernando VII que impuso la monarquía absoluta. En 1820 se vio forzado a restablecer la Constitución, pero consiguió derrocarla en 1823. Su desastroso reinado termina, —ya muerto Leandro Fernández de Moratín—, declarando heredera a su hija Isabel, lo que provocará una guerra civil.

Aspectos sociales de Madrid

Madrid fue variando su aspecto de forma considerable a lo largo del siglo. Durante los reinados de Felipe V y Fernando VI se mantuvo la costumbre del siglo anterior de arrojar las basuras y las aguas sucias a la vía pública.



Vista de la entrada del Museo del Prado por el lado de San Jerónimo en el siglo XVIII. (Espasa Calpe).

Las calles, mal empedradas y sucias causaban toda suerte de molestias a los transeúntes que iban a pie o en carroza. De noche la ciudad se volvía insegura, pues la iluminación se limitaba a las lamparillas puestas en las hornacinas de una imagen en el recodo de la calle. Cuando las señoras querían acudir a una fiesta, se hacían acompañar de pajes que portaban armas para defenderse y hachas de viento para iluminarse.

A medida que avanza el siglo, y sobre todo durante el reinado de Carlos III, fue variando el aspecto de la ciudad. Este rey mandó levantar alguno de los edificios más bellos que posee Madrid, tales como el Museo del Prado, la Puerta de Alcalá, la Casa de Correos, el Hospital General, San Francisco el Grande, el Observatorio Astronómico. Arregló además el Prado de San Jerónimo y los paseos de la Florida, y Delicias, el canal de Manzanares y casi todos los accesos a la ciudad.

Siguiendo las iniciativas del rey, muchos particulares arreglaron sus casas o edificaron palacios como los de Liria, Buenavista y Vistahermosa.

Carlos III quiso completar su labor con medidas útiles y mandó construir aceras a lo largo de las fachadas e instalar canalones en los tejados, hacer pozos y sumideros para las aguas sucias y las limpias, y prohibió a los cerdos de San Antón circular por las calles. Además organizó el alumbrado público, numeró las casas e instaló el alcantarillado. Creó también un cuerpo de vigilantes nocturnos que ha pervivido hasta nuestros días. La población censada fue de 160.000 personas que llegaron a 208.000 a finales de siglo.

Vivían en la ciudad un número abundantísimo de aspirantes a destinos oficiales en España y en las Indias y funcionarios que trabajaban en el Palacio del Buen Retiro. El resto de la población lo constituían la aristocracia, los criados, que eran muy numerosos, la justicia, la clase media, muy reducida, el pueblo llano de los barrios castizos y gentes de mal vivir.

Los viajeros y transeúntes se alojaban en posadas públicas o mesones. Todavía se conserva una de ellas denominada "Posada del peine". Las posadas solían ser incómodas, mala la comida y caro el hospedaje. Carlos III dictó una disposición en 1787 regulando los servicios que debían prestar los mesoneros y el esmero, cuidado e higiene en el servicio. Para la población en general existían establecimientos públicos como cafés, botillerías y tabernas.

Las *botillerías* eran en realidad las antiguas tabernas puestas a la moda. Se servían en ellas refrescos variados y las frecuentaban gentes de todas las clases sociales. Las más conocidas y famosas fueron las de la calle de la Cruz, y la de "Canosa" en la carrera de San Jerónimo, que solía frecuentar Moratín.

A las botillerías acudían las mujeres a la salida del teatro, sobre las seis de la tarde, o a la vuelta del Prado y tomaban un refresco que les sacaban a la puerta. Bebían horchata y zarzuela. (1)

(1) Zarzuela: bebida hecha con moras.

A finales de siglo las botillerías empezaron a denominarse cafés. Entre los más famosos, además del ya citado de "Canosa", estaban "La fontana de Oro", "El Angel" y "La Cruz de Malta". A ellos acudían los literatos a despachar el Correo; pero estaba prohibido fumar, leer las "Gacetas" y papeles públicos, hablar de política y jugar a cartas y al billar.

También había *tabernas*. Una disposición de Carlos IV, de 1795, establecía que el vino debía servirse de buena calidad, sin aguar, que las puertas debían estar abiertas, que en días y horas de trabajo no podían entrar en ellas artesanos, oficiales ni aprendices, que el tabernero soltero no podía tener cocinera de menos de cuarenta años.

Las diversiones de Madrid

En parte por lo reducido del casco urbano y en parte por el carácter de los madrileños, la ciudad resultaba muy animada y bulliciosa. Se celebraban

fiestas por motivos muy variados: el nacimiento de los príncipes daba lugar a festejos inolvidables, a los que contribuían los nobles adornando sus palacios. La ciudad participaba echándose a la calle para celebrar con los reyes los acontecimientos felices y los luctuosos.

Existían *fiestas populares* por San Juan y San Pedro, en Semana Santa y en Corpus. Eran tan bulliciosas que un bando de 1785 prohibía usar instrumentos musicales en las calles y provocar a los transeúntes con palabras y actos.

Por San Juan y San Pedro la gente salía de noche y los galanes aprovechaban para requebrar a las mujeres. Los manolos y las manolas se iban a la orilla del Manzanares a divertirse. Había, además, romerías como la de San Isidro Labrador que convocaba a gente de todas las clases sociales en la Pradera de San Isidro. Allí se merendaba, se jugaba a la gallina ciega y a las cartas, se paseaban las damas y los “petimetres”. Goya pintó magistralmente estas escenas populares de Madrid.

Otro punto de reunión y de encuentros amorosos de las afueras de Madrid fueron *los baños del Manzanares*. Estos baños estaban dispuestos en línea recta desde el puente de Puerta de Hierro hasta el puente de Segovia y eran muy frecuentados en verano, pese a llevar poca agua el río y ser muy criticados por los moralistas.

Una diversión muy del gusto de los madrileños fueron *los bailes*. Entre las clases populares se bailaban el fandango y la seguidilla y por ello eran piezas obligadas en los entremeses. Las mujeres los bailaban con “meneos” mientras los hombres tocaban castañuelas o hacían pitos. Se bailaba en público, por carnaval, en las romerías, incluso en las casas. Entre las clases altas y la burguesía se impuso la moda francesa del minué, el rigodón, la gavota, el vals, la polca y la contradanza.

Por carnaval la gente salía a la calle disfrazada y acudía a los bailes que se

celebraban en casas particulares o en lugares públicos, como el Paseo del Prado o los teatros. El teatro del Príncipe fue escenario de estos bailes que comenzaban a las diez de la noche y en los que los danzantes podían cubrirse el rostro con máscaras.

Los toros, junto con el teatro, fue uno de los espectáculos más apreciados de la época. A comienzos del siglo se celebraron corridas en plazas públicas como la de Antón Martín, y en casos solemnes, se hicieron en la Plaza Mayor. Pero ya en el reinado de Felipe V se construyó una plaza de toros fija en la Puerta de Alcalá y Fernando VI la reedificó en 1754. La plaza ocupaba el lugar que hoy corresponde a la primera manzana de casas que hay entre las calles de Serrano y Claudio Coello. Muchos ilustrados criticaron este espectáculo y Cadalso en sus “*Cartas marruecas*” escribe: “el público no debe pagar dinero por ver sangre, ello es una barbaridad que contribuye a endurecer la sensibilidad de los españoles”. Nicolás Fernández de Moratín, en cambio, fue defensor y partidario de la fiesta y escribió la “*Carta histórica sobre el origen y progreso de la fiesta de Toros en España*” (1777) que inspiró a Goya las series de “*Tauromaquia*”. Don Nicolás aficionó a su hijo Leandro a este espectáculo.

Las tertulias

Un fenómeno interesante del siglo XVIII fueron las tertulias, en las que participaban también las mujeres, tan retiradas de la vida social en el siglo anterior. Hubo tertulias de carácter doméstico que reunían a todos los miembros de una familia; las hubo que también se celebraban en casas particulares pero con invitados y en ellas se hablaba sobre los asuntos más variados. Comenzaban a la vuelta del paseo o del espectáculo, sobre las siete o las ocho de la tarde. Se servían refrescos: el inevitable chocolate con bollos, bizcochos, dulces, azucarillos y agua con hielo.



El carnaval en el Prado a fines del siglo XVIII.

Además de estas tertulias sociales hubo otras de carácter literario como las de Olavide, la de la Academia del Buen Gusto y la de la Fonda de San Sebastián que tuvieron singular importancia para el desarrollo del movimiento neoclásico y de la Ilustración, como más adelante veremos.

La mujer en la sociedad del siglo XVII

En la sociedad del siglo XVIII la mujer comienza a ocupar un puesto de importancia creciente. Antonio Domínguez Ortiz sostiene que la situación de la mujer cambió apenas durante el siglo, pero ellas trataron de conquistar independencia afectiva y social frente a los padres y a los maridos y tuvieron preocupaciones, como las de la moda, que las proyectaba fuera del ámbito doméstico.

Moratin retrata muy bien a la mujer de finales de siglo en sus comedias: la ve subyugada por las conveniencias sociales y por una educación despótica.

En las tertulias existía separación de los sexos y lo mismo en el teatro y en la iglesia. La sujeción en la que vivían las mujeres solteras les hacía anhelar el matrimonio con el que podían salir del encierro doméstico. Pero la liberación de

la mujer corrió pareja con el siglo, pese a los moralistas, a las costumbres y a las bodas desiguales.

Las mujeres iban al teatro, al paseo, a las tertulias o recibían en su casa acompañadas por el "cortejo". Conversaban con él sobre modas, criadas, peinados y en general de asuntos intrascendentes, pues la mujer del siglo XVIII no estaba preparada para otro tipo de conversación.

Los "cortejos" solían ser jóvenes "petimetres", hijos de buena familia, desocupados e insustanciales, que entretenían el día acompañando a su dama. Su preocupación fundamental solía ser estar a la moda y eran muy cuidadosos de su aseo y del adorno. La "petimetra" es su réplica femenina. Gasta su tiempo en adornarse con peinados complicadísimos y vestirse a la moda. Toma chocolate, recibe al "cortejo" mientras se arregla y sale luego al teatro, al paseo, de visita o juega al revesino y llena su tiempo con chismes y recaditos a las amigas.

Frente a esta tendencia a alejarse de lo ordinario y de lo cotidiano que practicaban los "petimetres" y las "petimetras", otros miembros de las clases elevadas tendieron al



La petimetra en el Prado de Madrid. (Biblioteca Nacional).

achabacanamiento imitando las actitudes y la forma de vestir de las clases bajas. Así nació el culto al "majismo" que conllevaba la defensa de lo popular y el desprecio a lo extranjero. Imitaron las actitudes achuladas y la flamenquería de las mujeres personajes tan famosos como la duquesa de Alba, que sigue esta moda en el retrato que Goya pintó de ella.

Madrid fue el escenario donde se impusieron las modas venidas de Francia y fue el modelo seguido por las lugareñas y provincianas que querían estar al día. En *El barón* de Moratín un personaje llamado don Pedro, canta las excelencias de casarse en el lugar y critica el desenfreno y el lujo de Madrid:

*"En este lugar se casan
muy bien las niñas; es cierto
que no hay aquí (y es desgracia)
una juventud del alcorza (1)
corrompida y perfumada,*

*cigarrera, petulante,
ociosa, habladora y fatua,
como la que he visto yo
ir bailando contradanzas
allá en la Puerta del Sol".*

Aspectos culturales

El siglo XVIII es muy rico en aspectos culturales; entre otras razones porque se piensa que con la cultura vendrá la felicidad.

En Madrid se fundaron la Real Academia de la Lengua, la de la Historia, el Observatorio Astronómico, el Jardín Botánico, la Academia de Bellas Artes, una Escuela de Caminos y Canales, una Academia de Ciencias (cuyo local se destinó luego a Museo de Pintura), etc. Junto a la creación de estas instituciones estuvo la preocupación por impulsar la cultura y la ciencia. Así nació el "Diccionario de Autoridades" (1726-1739) de la R.A.E., la "Ortografía" (1741) y, ya muy avanzado el siglo, la "Gramática" (1771).

Una institución cultural importante fue la "Biblioteca Real". La Biblioteca o "Libería Real", estaba en un pasadizo que corría aproximadamente entre las actuales calles de Arrieta, Pavía y parte del Teatro Real. La entrada a la Biblioteca era libre y a ella acudían los madrileños para leer las comedias a las que fueron tan aficionados. Sobre las mesas había siempre papel, plumas y tinteros que la gente utilizaba para tomar notas, copiar textos y también para escribir cartas. A esta biblioteca iban a parar ejemplares de todos los libros, folletos e impresos que salían de las prensas españolas. Carlos III acabó prohibiendo el préstamo de comedias para evitar que entrasen en la biblioteca, sólo para leerlas, pajes, mozos de soldada, zapateros, sastres, etc.

En la segunda mitad del siglo surgieron las "Sociedades Económicas de Amigos del País". Nacieron de las tertulias y tuvieron como propósito difundir las nuevas ideas y fomentar el desarrollo económico de las regiones. La

(1) Alcorza: pasta muy blanca de azúcar y almidón con la cual se suelen cubrir varios géneros de dulces.

“Sociedad” de Madrid creó, en el reinado de Carlos III, escuelas primarias para niños y niñas pobres de la ciudad, fundó además una escuela de máquinas e instrumentos y otras cuatro para la enseñanza de varias clases de hilado y creó hospicios y casas de misericordia. La “Sociedad” de Madrid admitió señoras desde 1787. La primera fue María Isidra Guzmán y Larache, la primera mujer doctora en Filosofía que hubo en España. Damas aristócratas como la condesa de Benavente, la marquesa de Sonora y la condesa de Montijo formaron parte de ella.

La enseñanza universitaria gozó de poco aprecio entre los ilustrados. Su atraso e ineficacia motivaron que Nicolás Fernández de Moratín no enviase a su hijo Leandro a cursar este tipo de estudios. En cambio gozaron de cierto

prestigio los “Estudios Reales de San Isidro”, antiguo Colegio Imperial de los Jesuitas, que enseñaban asignaturas más modernas con profesorado más preparado. Nicolás Fernández de Moratín perteneció al claustro de este centro en el que fue catedrático de poética.

Muy importante en el reinado de Carlos III fue la prensa. La “Gaceta de Madrid” se publicaba dos veces a la semana desde 1778 y fue instrumento del gobierno del rey. También se publicaron periódicos literarios como “Caxon de sastre” que fue el primero y “Diario Estrangero” que daba noticias literarias de lo que se publicaba en otros países, hacía crítica literaria y daba resúmenes de obras recién aparecidas. En 1780 apareció el “Correo de Madrid” en el que colaboraron Leandro Fernández de Moratín y Cadalso. Dejó de publicarse en 1797.



Vista de la calle de Alcalá, la plaza de toros y la puerta de Alcalá. (Espasa Calpe).

BIOGRAFÍA

Nace Leandro Fernández de Moratín en Madrid, el 9 de diciembre de 1759 en la calle de Santa María, esquina a la de San Juan (que hoy se llama de Moratín), y fue bautizado en la vecina parroquia de San Sebastián junto a la plaza del Angel.

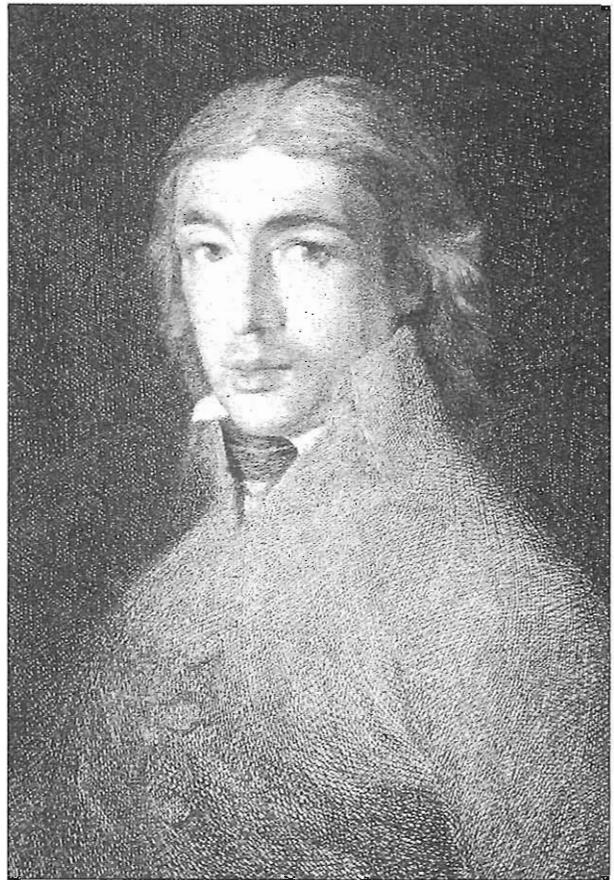
Fueron sus padres don Nicolás Fernández de Moratín, de origen asturiano, e Isidora Cabo, nacida en Arévalo, provincia de Avila.

El padre del futuro escritor fue poeta y participó activamente en la vida intelectual de su tiempo. Fue el creador y principal animador de la tertulia literaria que tenía lugar en la Fonda de San Sebastián.

En la casa que le vio nacer transcurrieron los primeros años de infancia del niño Leandro, quien solía visitar con mucha frecuencia a sus abuelos que vivían en la vecina Costanilla de los Desamparados esquina a Huertas.

A la edad de cuatro años contrajo las viruelas y de resulta de ellas, cuenta el escritor: “quedé feo, pelón, colorado, débil, caprichoso, llorón, impaciente, tan distinto del que antes era, que no parecía el mismo... perdí con las viruelas aquel ímpetu de los primeros años, aquella facilidad de trato que antes me hacía tan amable; me quedó el talento y con él un temor de errar en lo que discurría que me hizo silencioso y meditabundo. En mi casa y entre los míos era alegre y sencillo; pero al presentarse persona poco íntima hallaba en mí un muchacho reservado y poco social”.

Su amigo Manuel Silvela, que fue



Moratín joven. Grabado de A. Galván sobre una pintura de Goya.

también su primer biógrafo, ratifica las palabras del escritor en el sentido de que Moratín era hombre de temperamento medroso, amante de la soledad y de carácter apocado.

De niño recibió una educación esmerada. En casa y con un maestro, aprendió a leer y a hacer palotes, y luego fue a una escuela próxima a su domicilio. Su padre fomentó en él la afición por la cultura y ya desde muy joven asistía a las tertulias literarias acompañando a su padre. Leía autores clásicos y estaba al día de la literatura más reciente. Pese a su afición por la cultura, no recibió una formación académica. Su padre desconfiaba de la enseñanza universitaria de la época y dio a su hijo una educación más viva que complementó enseñándole el oficio de joyero.

Muy pronto empezó a escribir versos y ya en 1779, cuando contaba diecinueve años de edad, se presentó a un concurso poético que convocaba la

Academia Española. Consiguió un accesit con la composición titulada “La toma de Granada por los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel”, escrita en romance endecasílabo.

Durante su adolescencia y hasta la muerte de su padre, ocurrida cuando el escritor contaba veinte años de edad, la familia vivió en una casa de la calle de La Puebla, casi esquina a la del Barco, actual ampliación del convento de las Mercedarias.

Esta casa es muy importante en la biografía del escritor porque en ella se produjo el primer enamoramiento de Leandro.

Habitaba uno de los pisos la familia de los Bernascone y los Conti, de origen italiano y tertulios de don Nicolás en la Fonda de San Sebastián. Moratín se enamoró de una hija de Conti llamada Sabina y fue un amor adolescente, arrollador, que pudo más que todas sus inhibiciones y timideces. Tenía Sabina quince años y Moratín alrededor de veinte cuando la joven casó, casi de improviso, con su tío Francisco Conti, que andaba por los treinta pasados. El golpe fue durísimo, y si primero fueron las viruelas la causa de su retraimiento, este desencanto amoroso lo hizo más huraño aún. Dejó de pensar en el amor y se dedicó de lleno a la literatura y al estudio.

Como desahogo escribió una endeble comedia titulada *El tutor*, basada en su experiencia personal, que luego destruyó. Pero volvió sobre la idea más tarde y en 1786 escribió *El viejo y la niña*.

Muerto su padre, Leandro se ve en la obligación de mantenerse y mantener a su madre y trabaja en la Joyería Real, situada en la calle de las Veneras. Su trabajo consistía esencialmente en diseñar joyas y llegó a ser un experto.

En 1787 consigue un puesto de secretario del ministro Cabarrús y viaja a París; pero tras la caída del político al año siguiente, vuelve a Madrid y trata de estrenar, sin lograrlo, su comedia *El viejo y la niña*. Irritado porque la censura había prohibido la representación de la

obra, publica, en 1789, *La derrota de los pedantes*.

La penuria económica en la que vive le obliga a ordenarse de menores para conseguir un beneficio eclesiástico que le permite subsistir y dedicarse a la literatura. Cuando conoce a Godoy en 1790 comienza una época decisiva en la vida de Moratín que podrá, gracias a él, escribir sin agobios económicos, verá representadas sus comedias y participará en las renovaciones ilustradas.

Se retira a Pastrana a escribir y vuelve a Madrid en 1792 con tres comedias nuevas: *La mojigata*, *El barón* y *La comedia nueva*. Godoy le consigue una beca de estudios y viaja a Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza e Italia entre los años 1792 a 1796.

A su regreso a Madrid recibe el nombramiento de Secretario de Interpretación de Lenguas. Reanuda sus relaciones con escritores, artistas y políticos y conoce a Goya con quien alcanza un trato muy estrecho.

Por estas mismas fechas se compra una casa vieja con corralón que estaba situada entre la calle de San Juan (actual calle de la Farmacia) y Fuencarral. En el corralón se hizo un jardín y plantó acacias, rosales, flores y otras plantas que cuidaba él personalmente. La tenía para recreo porque habitaba otra casa en zona más céntrica.

En 1798 comienza sus relaciones con Paquita Muñoz y su familia que vivían en la calle de Silva. Se ha dicho que Leandro estuvo enamorado de ella; sin embargo la lectura de su “Diario” no permite entrever una pasión amorosa intensa. El escritor la acompaña al paseo, la lleva al teatro, en una ocasión muy especial le da un beso y otras dos veces le regala un abanico y unos pendientes, pero no parece que estuviese dispuesto a casarse con ella. La edad del escritor, treinta y ocho años, el penoso recuerdo del episodio de Sabina y sobre todo la experiencia de matrimonios contraídos por interés, no le deciden a casarse. Sigue, no obstante, el trato familiar con Paquita y sus padres.

Hacia 1807 Paquita casa con un militar mucho mayor que ella. El afecto recíproco dura a través de los años y así Moratín, cuando salió de Madrid, dejó en depósito, en casa de los padres de Paquita, el retrato que Goya le hiciera y que hoy se conserva en la Academia de San Fernando.

Ese otoño de 1807 Moratín ocupa nuevo domicilio, esta vez en la calle de Fuencarral en su confluencia con Desengaño (hoy está cegada por el edificio de Telefónica) y vive en ella hasta su salida para Valencia. Nada queda de esa casa, pero Moratín debía encontrarse a gusto en ella. Gozó habitándola de los placeres gastronómicos a los que se fue aficionando con los años. Tomaba chocolate, pan, tortas y bizcochos en el desayuno. “Sin chocolate y sin teatro —dice en una carta— soy hombre muerto”. Por las tarde paseaba con sus amigos por las calles céntricas de Madrid, iba al Jardín Botánico o el Prado, a los toros de la Puerta de Alcalá y al teatro, que tanto le apasionaba.

Por la noche solía recogerse temprano. Y esta fue la vida que llevó hasta su salida definitiva de Madrid tras la expulsión de las tropas francesas.

Estrena *La mojigata*, *El Barón* y en 1801 lee a sus amigos *El sí de las niñas*.

Entre tanto comienza una relación con la actriz María García y se distancia en el trato de Paquita Muñoz.

La invasión napoleónica produce fuertes tensiones e inestabilidad en la vida de don Leandro. Tras el motín de Aranjuez huye de Madrid; a su vuelta acepta el cargo de Bibliotecario Mayor de la Biblioteca Real y entre otras novedades introduce un nuevo modo de clasificar libros por el procedimiento que él llamó de los “naipes” o papeletas sueltas, ordenadas en cajoncillos colocados a su vez en estantes, para sustituir los antiguos catálogos escritos en cuadernos que ofrecían muchos inconvenientes. El método se extendió luego a otras bibliotecas.

Tras la retirada de los franceses en 1812 la Inquisición lo acosa y es considerado colaboracionista de los franceses; por todo ello decide salir de Madrid. Vive primero en Peñíscola y en Barcelona, luego pasa a Francia y trata asiduamente a Goya en Burdeos.

En 1821 la Academia lo elige miembro de su corporación pero el escritor no se decide a volver a Madrid.

Muere en París de cáncer de estómago en 1828. Sus restos mortales fueron trasladados a España y quedaron en la iglesia de San Isidro hasta que en 1900 fueron depositados, junto con los de Goya y Menéndez Valdés, en el Panteón de Hombres Ilustres. (**Lectura** n.º 1 “La despedida”. **Lectura** n.º 2 “Elegía a las Musas”).

PANORAMA GENERAL DEL TEATRO EN MADRID EN EL SIGLO XVIII

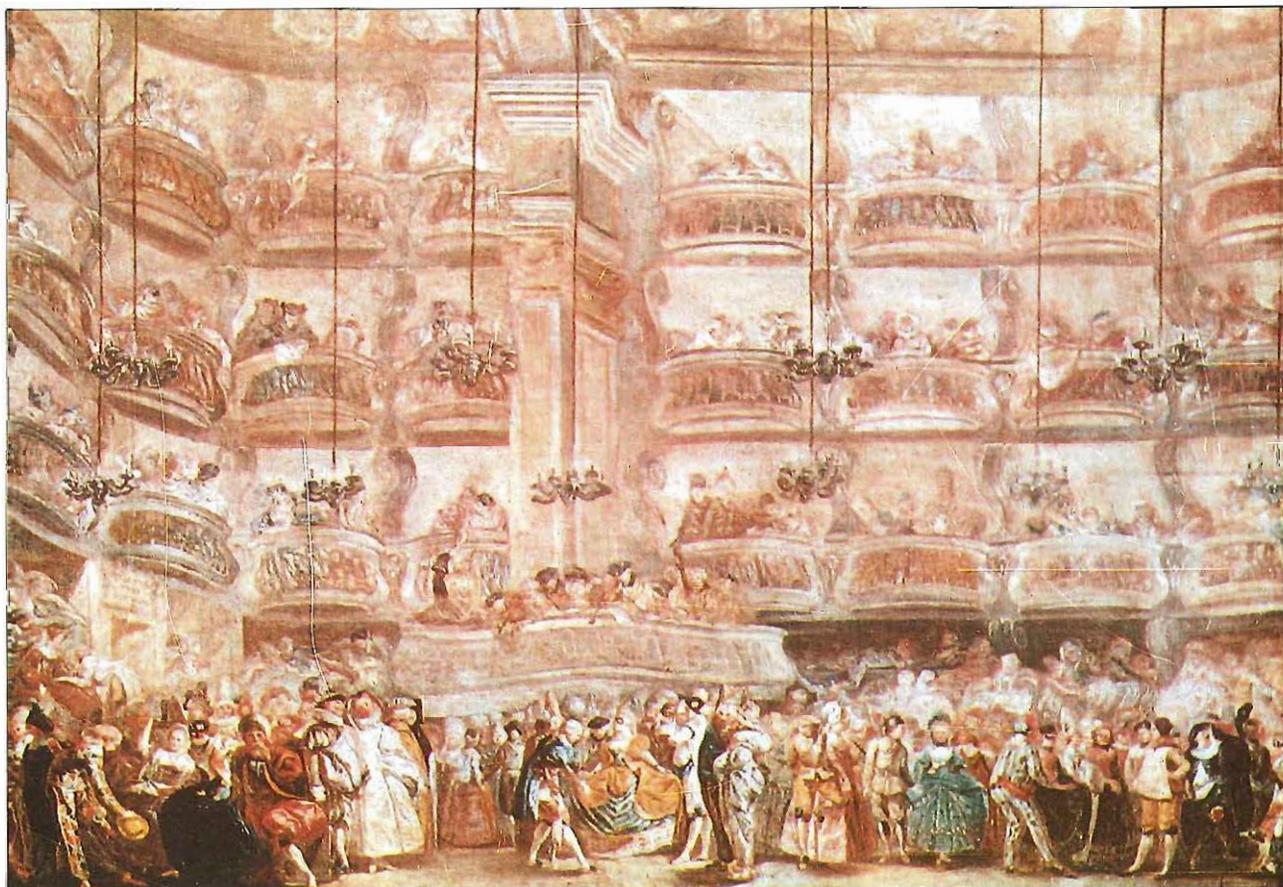
El teatro postbarroco y el teatro popular

Para entender el teatro neoclásico y el papel que Moratín juega en él, es necesario recordar, en primer lugar, que las comedias del escritor se representan muy a finales del siglo (1790) *El viejo y la niña*, que es la primera, y 1806 *El sí de las niñas*, que es la última). Quedan

antes de estas fechas noventa años de los que parece obligado hacer referencia.

El teatro seguía siendo, como en el siglo anterior, un espectáculo de masas. Se entiende así la resistencia del público a aceptar un teatro neoclásico que vetaba lo espectacular y lo fantástico, proponía asuntos tomados a imitación de la vida diaria, tenía carácter didáctico y pretendía encarecer las entradas para impedir el acceso al teatro del público de clases populares, precisamente el más aficionado.

Durante casi todo el siglo pervivió entre el público el gusto por las obras y los autores del XVII y se siguieron representando comedias de Lope y Calderón principalmente. También gozaron de éxito los autores del siglo XVIII que se ajustaron a las fórmulas dramáticas del siglo anterior, aunque empobreciéndolas por falta de capacidad creadora. Son los populares autores



El Coliseo del Príncipe en el siglo XVIII. (Biblioteca Nacional).

Antonio de Zamora, José de Cañizares y Luciano Francisco Comella.

Las comedias podían ser de *magia*, y eran las más espectaculares y las más caras, de *figurón* cuyo precedente estaba en las de capa y espada, *heróico-militares* que exaltaban las glorias nacionales o extranjeras, con un conocimiento desvirtuado de la historia, de *santos* mezcla de la modalidad heróica y de la de magia.

Se completaba el espectáculo teatral con la representación de un entremés (entre 1.º y 2.º acto) y de un sainete (entre 2.º y 3.º acto).

El sainete fue la forma dieciochesca del entremés; consta de un solo acto y tiene carácter cómico y popular. Dentro del sainete se intercalaban textos musicales, como la *tonadilla*, que se cantaban y bailaban.

Los entremeses y sainetes fueron las piezas preferidas del público que muchas veces acudía al teatro exclusivamente para disfrutar con su representación. Los viajeros extranjeros que visitaron Madrid en el siglo XVIII y asistieron a espectáculos teatrales, comentan favorablemente los sainetes, de los que dicen estaban llenos de ingenio, colorido local y desenfado.

El autor que compuso mayor número de sainetes y gozó del favor del público hasta su muerte fue don Ramón de la Cruz (1731-1795) que tuvo en Leandro Fernández de Moratín un enemigo convencido. Describió la vida cotidiana del pueblo madrileño en obras como *El Prado por la noche*, *La Plaza Mayor en Navidad*, *Las castañeras picadas*, *Las preciosas ridículas*, *Las tertulias de Madrid*, etc.

Los sainetes provocaron las iras de los ilustrados por varios motivos, uno de ellos las condiciones en las que se representaban: intercalados en los entreactos de las comedias, rompían el efecto dramático de la obra y sacaban de situación al público.

Durante casi todo el siglo ir al teatro supuso asistir a un espectáculo de calidad desigual pero siempre



Cartel de una comedia del siglo XVIII.

sorprendente y divertido, adobado con la presencia de espectadores ruidosos y de “hinchas” de los que se hablará más adelante.

El teatro neoclásico

En el propósito de los ilustrados estaba la creación de un teatro didáctico y depurado; para lograrlo era preciso eliminar el teatro postbarroco. La resistencia popular fue muy grande y de la polémica habida hablaremos a continuación.

En 1737 Ignacio de Luzán publicó su famosa *Poética* en la que hacía una crítica razonable del teatro de su tiempo y señalaba sus defectos; proponía el respeto riguroso de las “unidades” y reflexionaba sobre los “desvíos” de los autores dramáticos del siglo XVII.

Moratín aceptó los principios generales de la *Poética* de Luzán. En el prólogo de sus *Obras dramáticas y líricas* (1825) expone sus ideas sobre la creación de obras teatrales y define lo que debe ser una comedia como:

“Imitación en diálogo, escrito en prosa o en verso, de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual, y de una oportuna precisión de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud”.

Con esta definición Moratín mantiene el respeto a las tres unidades (“en un lugar”, “en pocas horas”, “un suceso”), la verosimilitud y los propósitos moral y docente (“poner en ridículo los vicios y errores y recomendar la verdad y la virtud”).

Sobre la influencia que el teatro puede tener entre el público, escribió a Godoy lo siguiente:

“Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo; este no tiene otra escuela ni ejemplo más inmediatos que seguir los que allí, ve autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobiernan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas, y cuando éstas llegan a corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas a luchar continuamente con una multitud perversa e ignorante”.

Moratín supo compaginar la observancia de los preceptos neoclásicos y la utilidad social a través de una fórmula teatral que fue del agrado del público. Ofreció enredos dramáticos nada espectaculares pero sí afines con la realidad de la sociedad contemporánea: los contratos matrimoniales, la educación de las jóvenes y la crítica al teatro de su tiempo. En el público debió calar la emoción discreta con que presenta el drama de los protagonistas, la sencillez de la exposición, la elegancia del lenguaje, el ritmo progresivo y silencioso de la acción, en suma, la naturalidad que emana de sus obras dramáticas. Con él se produjo el triunfo del teatro neoclásico y se sentaron las bases de la comedia burguesa.

Los teatros de Madrid

En el Madrid del siglo XVIII la vida teatral alcanza una importancia de primer orden. Interesaban de él: las piezas teatrales, las rivalidades entre los teatros de la ciudad, la vida privada de las actrices y sus interpretaciones escénicas, las anécdotas que surgían a

diario entre el público, los chismes y la pasión que despertaba entre propios y ajenos.

Existían cuatro teatros en Madrid: los viejos de “la Cruz” y del “Príncipe”, el de “Los Caños del Peral” y el teatro de cámara de los palacios del Buen Retiro, sólo para uso de los reyes y su corte. Los corrales del “Príncipe” (hoy teatro Español) y de “la Cruz” habían sido fundados respectivamente en 1583 y 1584 y, salvo algunas modificaciones sufridas en el siglo XVII, poco más se hizo por su conservación hasta el siglo XVIII. A mitad de siglo fue necesario reedificarlos y se aprovechó para ponerles techo y distribuir el interior con más comodidad para el público. Recibieron entonces el nombre de Coliseos.

El del “Príncipe” se levantó de nueva planta en 1745, siguiendo el proyecto del famoso arquitecto Juan Francisco Sacchetti, que también proyectó el Palacio Real. En él se estrenaron *El viejo y la niña* (1790) y *La comedia nueva o el café* (1792). Este mismo teatro fue escenario de algunos sainetes de don Ramón de la Cruz como *El muñuelo*, *La pradera de San Isidro*, *La presumida burlada*, *El fandango del candil*.

El corral de “la Cruz” se convirtió en coliseo cerrado en 1743 y en él estrenó Moratín *El sí de las niñas* (1806). Este teatro desarrolló un importante papel en la vida teatral madrileña y nacional, hasta su demolición en 1856.

Estos dos teatros, muy próximos entre sí, fueron además escenario de las rivalidades entre sus “hinchas” denominados “chorizos” los del “Príncipe” y “polacos” los de “la Cruz”, que portaban como distintivos una cinta de color oro los primeros y azul los segundos, en el sombrero o en la capa. El coliseo de “Los caños del Peral” que ya no existe, se levantaba en el lugar que ocupa actualmente el Teatro Real. Era un teatro dedicado a la ópera italiana, género que se puso de moda en el siglo XVIII. Se llamó así porque

estaba situado cerca de unos lavaderos públicos que se encontraban entre las actuales calles Arrieta, Carlos III y la plaza de Isabel II. A este coliseo acudía un público diferente, generalmente ilustrados y aristócratas (entre ellos la duquesa de Alba, la de Arcos y la de Almanza). También lo frecuentaban “petimetres” que solían cantar entre dientes las arias que se representaban en escena. Este coliseo tuvo también sus hinchas denominados “panduros” que defendían el arte de dos tipos italianas rivales.

Los espectáculos que ofrecía el coliseo de “Los Caños del Peral” no gozaron del favor popular que consideraba la ópera fruto de modas extranjerizantes, “afrancesadas”, y prefería otras manifestaciones musicales de carácter popular como la tonadilla.

El otro coliseo que tuvo Madrid fue el del “Buen Retiro”. Estaba situado en las dependencias del palacio del Buen Retiro y en él se representaron preferentemente óperas italianas, teatro francés y neoclásico, para diversión de los reyes y de su corte. Por sus especiales características no influyó en la vida social ni teatral de la ciudad y llevó una existencia propia.

Estos cuatro coliseos, de los cuales hoy sólo se conserva el del “Príncipe”, se parecían mucho en su distribución interior y en comodidad a los teatros actuales. Había *patio*, *lunetas* (situadas entre el patio y el escenario), arriba la *cazuela* para las mujeres, debajo los *aposentos* (que hoy se denominan palcos). Por encima de los aposentos estaba el anfiteatro llamado *tertulia*, lugar donde se refugiaban los religiosos y los señores graves.

A las puertas y esquinas de los teatros se ponían carteles escritos con letras de almagre con el título de la comedia y el nombre de los representantes. Los géneros representados eran: la comedia de figurón, la comedia heroica, las de capa y espada, el entremés y el sainete, y ya a finales del siglo, la comedia neoclásica.

Las representaciones comenzaban a las tres de la tarde en invierno y a las cuatro en primavera y verano; desde 1768 se hicieron representaciones nocturnas en verano.

LAS COMEDIAS DE MORATÍN

Los *temas* de las comedias de Moratín giran alrededor del papel que juega la mujer en la sociedad (su educación, el matrimonio) y sobre el estado del teatro de su tiempo. Por debajo de estos temas subyace el amor, presente de diferentes maneras en cada comedia.

Los *tipos* que pone en escena proceden de una clase media animada por pequeñas pasiones. Sus personajes son hidalgos, comerciantes, algún militar, hijas sumisas; el verdadero pueblo y las clases elevadas están ausentes de sus obras teatrales.

Su primera comedia fue “*El viejo y la niña*” (1786). En ella el amor está teñido de elementos sentimentales con claro tono prerromántico, según iba siendo moda en algunas comedias contemporáneas que inician su progresivo cambio en el gusto estético.

El tema de la obra gira alrededor del matrimonio concertado por los padres, con miras económicas y sin contar con la voluntad de las hijas.

La comedia contiene recuerdos autobiográficos de Moratín y su relación con Sabina Conti, aunque el desenlace es diferente.

La segunda pieza dramática se titula *El barón* (1803). Inicialmente la pensó como libreto de una zarzuela, pero en su redacción definitiva pasó a ser una comedia.

En ella se plantea el tema de la mala educación de las madres que fuerzan a sus hijas a casar por conveniencia, la errónea estructura social que permite a pedantes y figurones vivir a costa de los demás, y también el desmedido afán de poseer títulos nobiliarios de la clase media y los campesinos acomodados.

La mojigata (1804) es su última obra en verso. En ella se muestran las consecuencias desastrosas de la opresión que sufre la juventud, y de los sistemas pedagógicos irracionales.

“*La comedia nueva o el café*” (1792) es la única obra de Moratín que aborda un asunto literario: la crítica de los autores y de las obras teatrales postbarrocas. Su acción se sitúa en Madrid.

La comedia es un perfecto documento de época que retrata el estado en el que se encontraba el teatro por la incapacidad de escritores que componían obras llenas de lances absurdos.

El argumento es el siguiente: don Eleuterio, casado con doña Agustina y padre de cinco hijos, quiere estrenar “*El cerco de Viena*” una comedia heroica, y con el dinero ganado, casar a su hermana Mariquita con un hombre pedantísimo llamado don Hermógenes. La obra fracasa y un parroquiano del café, don Pedro, salva la dramática situación financiera de la familia. En la obra destaca el personaje femenino de doña Mariquita que es fiel retrato de la mujer madrileña, coqueta, graciosa, insolente.

Los abundantes elementos costumbristas que aparecen en la comedia la acercan a los sainetes de don Ramón de la Cruz, pero el desenlace es trágico. La obra presenta un fracaso y una decepción, paliados por la bondad de don Pedro, en quien algunos críticos ven al propio Moratín.

La comedia nueva o el café es una de sus mejores piezas dramáticas: en ella se entrecruzan la sátira neoclásica, un humanitarismo bonachón y la ironía del autor.

En 1806 estrena Moratín su más famosa comedia titulada *El sí de las niñas*, en el coliseo de “la Cruz”, con la presencia de Godoy y con un éxito rotundo.

El argumento es como sigue: don Diego, hombre de edad, concierta su boda con doña Paquita, una joven de dieciséis años, hija de una mujer interesada y sentimentalista llamada doña Irene. Paquita está enamorada de don Carlos, pero no se atreve a confesárselo a su madre. Esta última ha concertado una entrevista de los novios en una fonda de Alcalá de Henares. Don Diego desea hablar con Paquita y sondear si su voluntad la inclina al matrimonio. La joven calla y responde por ella doña Irene. Al fin don Diego descubre que Paquita y su sobrino don Carlos están enamorados y cede la mano de su prometida a su sobrino.

La obra, aparte de la perfección técnica con la que está escrita siguiendo los modelos neoclásicos, encierra interesantísimos problemas que la convierten en un inestimable documento de época. Está en primer lugar el tema obsesivo en Moratín, de la libertad de elección femenina a la hora del matrimonio; en segundo lugar la experiencia de que los matrimonios entre hombres de mucha edad y mujeres jóvenes solían ser estériles, lo que hacía peligrar el aumento demográfico propiciado por Carlos III. En tercer lugar apunta en la comedia otro aspecto importante: la educación femenina y el papel de la mujer en la sociedad. Aunque no muy claramente, Moratín se inclina por un cierto grado de emancipación femenina, que ya se venía produciendo a finales de siglo.



Oficios del siglo XVIII. (Espasa Calpe).

2. ITINERARIO El Madrid de Moratín

TINERARIO

- 1.-El Paseo del Prado.
- 2.-La plaza de Platerías

Martínez.

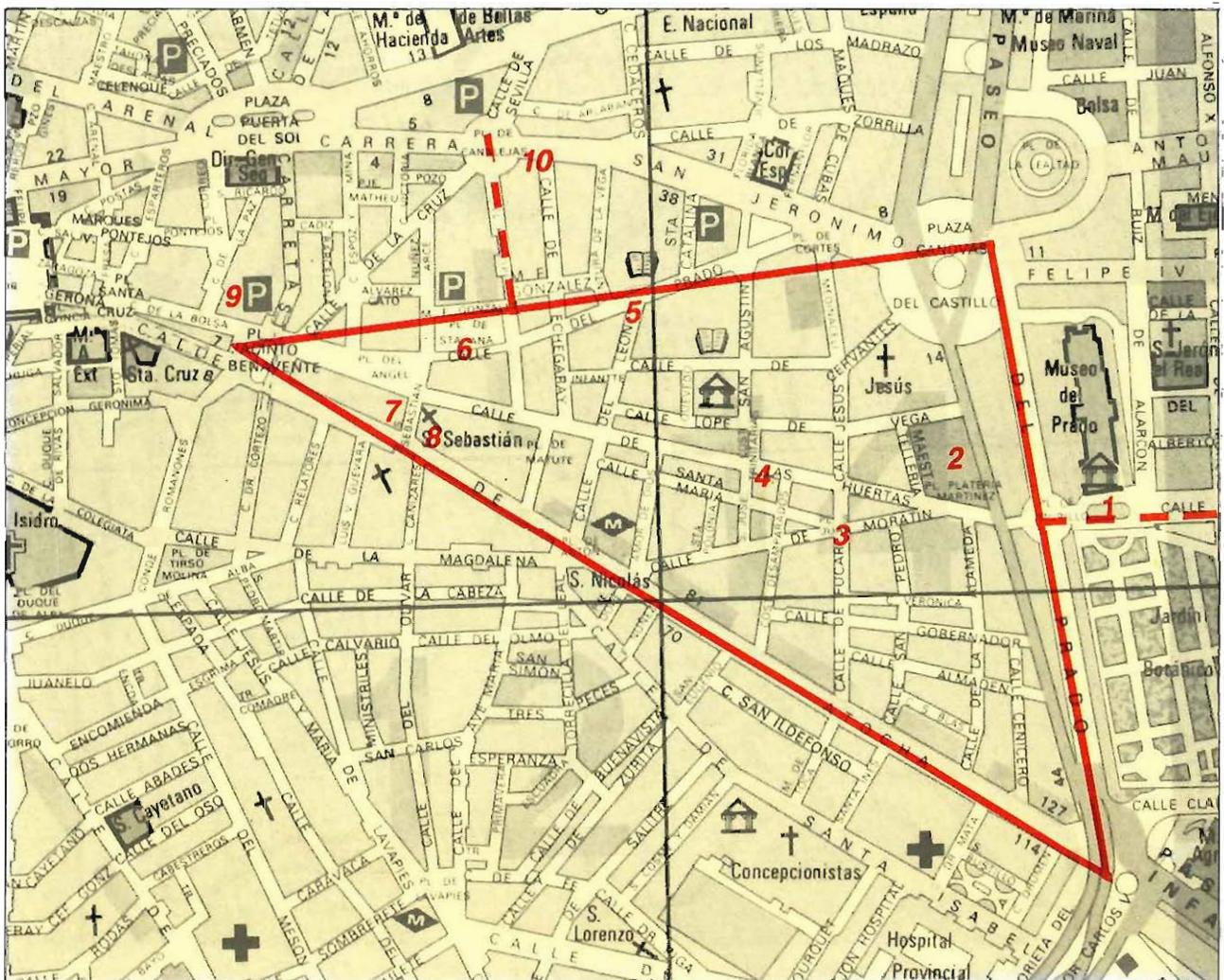
- 3.-La casa de Moratín.
- 3.-bis.- La calle de Santa María, una calle de actores.
- 4.-La calle de Huertas y la casa de los abuelos de Moratín.
- 5.-El Mentidero de los representantes.
- 6.-La plaza de Santa Ana. El Teatro Español.
- 7.-La tertulia de la Fonda de San Sebastián.

- 8.-La iglesia de San Sebastián.
- 9.-La imprenta de Ibarra.
- 10.-La Carrera de San Jerónimo.

El itinerario que proponemos corresponde todo él a vivencias personales y literarias de Leandro Fernández de Moratín. En él se incluyen algunas de las viviendas que habitó (la casa donde nació y la de sus abuelos) y se evoca el ambiente de intelectuales que frecuentó, el mundillo teatral, los teatros donde estrenó sus obras, el mundo de la prensa y los libros, los paseos y los entretenimientos del escritor.

De todo ello tenemos noticia a través de sus piezas teatrales, sus cartas, su diario, su poesía, y por las opiniones que mereció de sus contemporáneos así como por las noticias que da su amigo y biógrafo Manuel Silvela.

Hemos limitado el recorrido al triángulo que forman el Paseo del Prado y las



calles Huertas y Prado hasta llegar a las plazas de Santa Ana y la del Angel; pero si se desea ampliar el recorrido es necesario salir a la Gran Vía para tomar por las calles de Desengaño, Puebla y Fuencarral, donde estuvieron las viviendas de Sabina Conti y los Moratín, la de Paquita Muñoz y la casa que habitó don Leandro, ya a finales de siglo, en la calle Fuencarral así como la huerta que compró y que estaba situada en la esquina de Fuencarral con la calle de la Farmacia. A esta parte del itinerario se hace referencia en la biografía del escritor. Hoy nada queda de estas casas, pero en las calles perviven edificios del siglo XVIII con unas características similares que pueden ayudar a evocar la biografía del escritor.

En nuestro itinerario incluimos una antología de textos de Moratín y también alguno de su padre, don Nicolás, y de don Ramón de la Cruz, con el propósito de ofrecer una evocación lo más viva posible del Madrid que Moratín vivió y del Madrid que él pinta, describe y critica en toda su obra. La obra de la que principalmente nos hemos servido

es *La comedia nuevo o el café*, por la abundancia de referencias madrileñas que en ella aparecen.

1.- El Paseo del Prado

Comenzamos el recorrido por el Paseo del Prado, en el punto donde se encuentran las cuatro fuentes, y nos situamos en los jardines de acceso al Museo de pinturas por la puerta de Murillo. Frente a él está el "Jardín Botánico", que también es una fundación de Carlos III y contiene especies vegetales raras.

Detrás del Museo y del templo de los Jerónimos, está la sede actual de la Real Academia Española, que en tiempo de Moratín estuvo en la calle Valverde. La Academia sigue cumpliendo la función para la que fue creada en el siglo XVIII, esto es, velar por la lengua, por su pureza y su difusión con el lema "Limpia, fija y da esplendor". Los académicos se reúnen todos los jueves en sesión plenaria.



Las cuatro fuentes del Paseo del Prado. (Biblioteca Nacional).

A los extremos del Paseo del Prado están las plazas de Cibeles y Neptuno, con las bellísimas estatuas de la diosa griega de la fertilidad y del dios romano del mar, que mandó colocar Carlos III.

Las fuentes han cambiado ligeramente su emplazamiento original, ya que en el siglo XVIII estuvieron colocadas frente a frente y ambas equidistantes de la de Apolo. La de Cibeles marcaba el final del paseo y de la zona urbanizada. Hileras de árboles daban sombra a los paseantes y a su cobijo se sentaban damas y caballeros para hacer tertulia, generalmente en círculo y de espaldas al camino por el que transitaban las carrozas y los jinetes.

El Paseo del Prado, también llamado “Salón del Prado”, fue lugar de esparcimiento de los elegantes, aunque no faltaba la concurrencia de arribistas y gentes de mal vivir. Las mujeres acudían acompañadas de sus “cortejos”, vestidas a la última moda de Francia. Las “petimetras” y los “petimetres” aprovechaban para exhibir dijes, lazos, peinados, afeites insólitos que movían a envidia a las demás mujeres y constituían materia de conversación.

En las tertulias se producían conversaciones semiamorosas, golpecitos con el abanico, que tenía su propio y complicado lenguaje, y se tomaban dulces y frutas.

Los moralistas criticaban la costumbre de algunas mujeres y sus acompañantes que al anochecer arrimaban las sillas a lo oscuro de la arboleda para gozar de cierta intimidad.

El Prado fue un paseo fundamentalmente vespertino. En la época de frío la gente lo abandonaba al atardecer y se iba a una tertulia o a una fiesta. En verano, en cambio, estaba muy animado hasta muy entrada la noche.

(Lectura n.º 3: “La Petimetra en el Paseo del Prado”).

(Lectura n.º 4: “Buscando esposa en el Prado”).

2.- La Plaza de Platerías Martínez

Desde el Paseo del Prado se sube a la plaza de Platerías Martínez. Nada hay en ella que recuerde la existencia de esta famosa fábrica de platerías que fue una fundación ilustrada. Carlos III creó una industria de lujo para satisfacer el consumo nacional y reducir las importaciones de Francia. Por ello fundó también la Real Fábrica de Tapices y las porcelanas del Buen Retiro. Y el mismo Moratín tuvo como oficio el de diseñador de joyas. Los productos de esta fábrica gozaron de fama dentro y fuera de España.

Pese a no quedar vestigio del bello edificio de las platerías, podemos admirar la plaza y sus perspectivas hacia el Paseo del Prado y hacia la calle Huertas.

3.- La casa de Moratín

Subiendo la calle Moratín en dirección a la plazuela de San Juan, entramos en el barrio donde transcurrió la infancia de Moratín. A la derecha está la calle de Jesús y la iglesia del mismo nombre, de la que son muy devotos los madrileños. Allí había, en época de Moratín, una huerta del Convento de los Trinitarios Descalzos a donde lo llevaba a pasear su abuelo:

“Jugar y hablar con mi abuelo, e ir con él por las tardes a la huerta de Jesús, eran mis principales ocupaciones: allí entretenía a aquellos buenos frailes con la prontitud de mis respuestas y la prudencia que anunciaban mis preguntas; y satisfecho mi honrado abuelo de tener tal nieto, se volvía a su casa a referir las frioleras que le habían entretenido aquella tarde”.

Este barrio fue el lugar donde vivieron los actores de los coliseos del “Príncipe” y de “la Cruz”. Moratín, al evocar el barrio donde nació, recuerda:

“Como entonces vivían los Reyes en el Retiro por no haber concluido todavía la obra del Palacio Nuevo, todo aquel barrio estaba lleno de criados, de empleados de las secretarías, dependientes, de cómicos y de músicos de teatro: entre esa gente nació yo”.

Entramos en la Plazuela de San Juan que está flanqueada por las calles de Moratín (antigua de San Juan) y la de Santa María. En la confluencia de ambas hay una casa que forma chaflán y en ella, en el piso principal, nació Moratín.

Se trata de un edificio de traza dieciochesca de dos plantas, bajo y buhardilla, que ha sufrido modificaciones en diferentes épocas, como puede apreciarse si nos detenemos a observarla. Se han tapiado algunas ventanas y también la puerta de entrada originaria, que estuvo en la calle de Santa María. La puerta actual abre a la calle de Moratín. Pese a las modificaciones sufridas es un edificio de cierto estilo que evoca un Madrid de otros tiempos.

En la fachada, sobre el segundo piso, hay una placa que recuerda que “En esta casa nació, el 10 de marzo de 1760, el insigne poeta dramático D. Leandro Fernández Moratín. Reedificada en 1892”. La inscripción se ve muy mal desde la calle y parte del texto es ilegible.

En la plazuela y delante de la casa, hay una fuentecilla de esa época que da un aire de recato doméstico a este rincón de Madrid.

(**Lectura** n.º 5. “El barrio de los actores”).

3. bis.- La calle de Santa María, una calle de actores

En la calle de Santa María hay otras casas de la misma época, en aceptable estado de conservación. En ella y en las colindantes de San Juan, Huertas, Prado y León, tuvieron su residencia muchos actores del siglo XVIII. La célebre María



Plazuela de S. Juan. Casa donde nació Moratín.

Ignacia Ibáñez, actriz del teatro del Príncipe vivía en la de Santa María. De ella estuvo perdidamente enamorado José Cadalso, el autor de las *Cartas Marruecas* que era contertulio de la Fonda de San Sebastián.

Todos los días, al finalizar la tertulia, Cadalso salía acompañado de Moratín el viejo e iban en busca de María Ignacia y de otra actriz, hermana de la famosa María Ladvenant, que se llamaba Paquita y también era actriz del coliseo del “Príncipe”.

Una tarde que María Ignacia estaba enferma de muerte, Cadalso pidió a Moratín que le acompañase a visitarla y fue la última vez que la vieron con vida. Murió el 22 de abril de 1771 y fue enterrada en la capilla de la Virgen de la Novena, en la vecina iglesia de San Sebastián.

4.- La calle Huertas y la casa de los abuelos de Moratín

Subiendo por la calle de Santa María se emboca a la derecha la Costanilla de los

Desamparados que termina en la calle Huertas. En el n.º 58 de esta última estuvo la casa de los abuelos de Moratín a la que acudía a diario mientras fue niño y donde pasó la enfermedad de la viruela a la edad de cuatro años.

La casa se conservaba hasta hace pocos años y era colegio de primera enseñanza. En su lugar se levanta un edificio moderno de viviendas.

La calle es una de las más importantes de Madrid desde el punto de vista literario. Durante el siglo XVII fue escenario de la vida y de los lances personales de escritores tan famosos como Lope de Vega, Calderón, Góngora, Quevedo y Cervantes, que está enterrado en el Convento de las Trinitarias. Y siguió siendo calle literaria en el siglo XVIII: la vivieron y la frecuentaron escritores y actores y a ella se hace referencia en los sainetes de don Ramón de la Cruz.

La calle sigue siendo hoy un punto de encuentro de la bohemia musical y literaria y de la gente joven que se reúne en los cafés-concierto y cafés-teatro.

De la historia que encierra esta vieja calle dan fe algunos de sus edificios; los hay del siglo XVII pero la mayoría son del siglo XVIII. Estos últimos se caracterizan por su traza elegante y la amplitud y simetría de sus huecos; tienen dos plantas y buhardilla. Para el curioso de los libros antiguos, hay librerías de viejo que acumulan obras de otros siglos, en ediciones de extraordinaria belleza algunas, ejemplares raros o simplemente libros viejos, que pueden tener valor afectivo para el que los compra.

(Lectura n.º 6: “Los abuelos de Moratín”).

5.- El Mentidero de los representantes

Se continúa hasta la calle del León, así llamada porque, según dice la tradición

popular, vivía en ella un indio que mostraba un león a los curiosos por el precio de dos maravedís. La Academia de la Historia, edificio dieciochesco de hermosa factura, se encuentra en esta misma calle. Frente a él, el edificio de la Real Sociedad de Ganaderos del Reino. En la confluencia de la calle León con la del Prado hubo en los siglos XVII y XVIII una plazoleta a la que acudían los actores, “autores” (actuales directores y empresarios), escritores de comedias y curiosos que se interesaban por la vida teatral. Allí se contrataba a los actores de comedias, se elegía al más adecuado para representar un personaje de algún sainete, y los escritores vendían sus comedias a los “autores”. Era además, lugar donde se comentaba la bondad de las comedias, los lances privados de los actores y actrices y toda clase de chismes relacionados con el mundo de los cómicos. La plazoleta era conocida con el nombre de *Mentidero de los representantes*.

Hoy nada queda de ella ni de su fuente con pilón. La contratación de actores, la venta de comedias y todo lo que se refiere a la vida teatral, se realiza de modo bien diferente. Pero las calles del León y del Prado siguen siendo lugar de reunión de gentes de teatro y de espectadores, por su proximidad al Teatro Español.

Al Mentidero acudían las actrices de su tiempo. Las más famosas fueron María Ladvenant, “*La Caramba*”, especializada en sainetes y muy hábil en cantar tonadillas, “*La Pichona*”, actriz brava y de prestancia, y actores como Manuel Martínez, Aldonvera y Simón de Fuente.

Don Ramón de la Cruz vendía allí sus obras. Comella acudía sobre las doce de la mañana y buscaba comprador entre los “autores” de los coliseos del “Príncipe” y de “la Cruz”. Los escritores comentaban noticias. En *La comedia nueva o el café* se alude a la venta de obras teatrales escritas por autores sin instrucción y sin dotes dramáticas, como el personaje de don Eleuterio que, con ayuda de su esposa, compone una



Posible retrato de "La Caramba". (Biblioteca Nacional).

comedia llena de situaciones absurdas, (Lectura n.º 7: "La venta de comedias en el Mentidero de los representantes").

6.- La Plaza de Santa Ana. El Teatro Español

Subiendo por la calle del Prado se desemboca en la plaza de Santa Ana, donde se halla situado el "Teatro Español", que en el siglo XVIII se denominaba "Coliseo del Príncipe".

El espacio que corresponde a la plaza estuvo ocupado por el Convento de los Carmelitas que fue derribado en el siglo XIX. La plaza da desahogo al teatro y es punto de cita de los espectadores y de la gente que acude a los locales públicos de las calles que la circundan.

En el "Coliseo del Príncipe" se estrenó *La comedia nueva o el café* en el mes de febrero de 1792. La representaron actores de prestigio a los que el autor

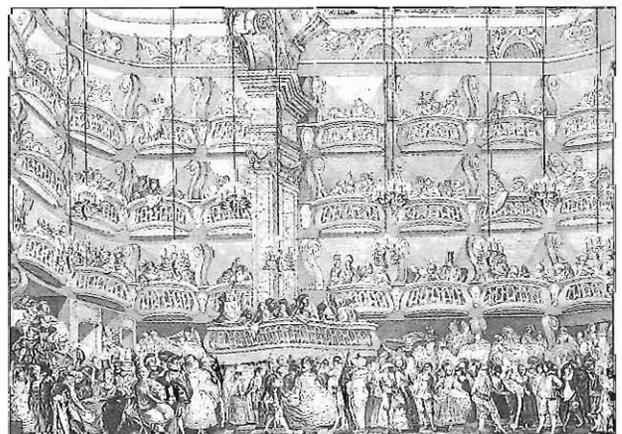
dio indicaciones para que interpretasen de forma sobria y convincente.

Con palabras de Moratín: "Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro; pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquier copia, para que en ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formación de la fábula como en la elección de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo".

La comedia se centra en la crítica al teatro de su tiempo, pero está además impregnada de elementos costumbristas que dan frescura y gracia a la obra. El más interesante es la figura de doña Mariquita, hermana de don Eleuterio a quien éste quiere casar. Mariquita se expresa con naturalidad, gracia y sentido común; dice lo que siente y piensa con gran espontaneidad, en un lenguaje directo, lleno de expresiones coloquiales, sentencias y exclamaciones.

Dentro de la galería de tipos femeninos que Moratín retrata, quizá sea doña Mariquita el que alcanza mayor encarnadura humana. Divierte y encanta su filosofía de la vida y es un retrato acabado de la mujer madrileña del siglo XVIII. (Lectura n.º 8: "Las virtudes de la mujer casadera").

En el otro extremo de la plaza de Santa Ana, entre las calles de Espoz y Mina, la de la Cruz y la plaza del Angel, estuvo el teatro de "la Cruz". Nada ha quedado



Teatro del Príncipe. (Biblioteca Nacional).

de él, tras su demolición a finales del siglo XIX, como no sea el ensanchamiento que se produce en la calle en el lugar que debió ocupar el teatro. De la importancia que tuvo da fe su larga existencia de doscientos setenta y tres años y la calidad y renombre de las obras y autores que estrenaron en este teatro. “Los polacos”, sus hinchas, lo defendieron como el mejor coliseo del Madrid de su tiempo. En él se estrenó *El sí de las niñas* en 1806 y fue tan grande su éxito que estuvo en cartel veintiséis días, todo un record para su época. Ante la imposibilidad de evocar lo frente al teatro desaparecido, hagámoslo ante la fachada del “Príncipe”.

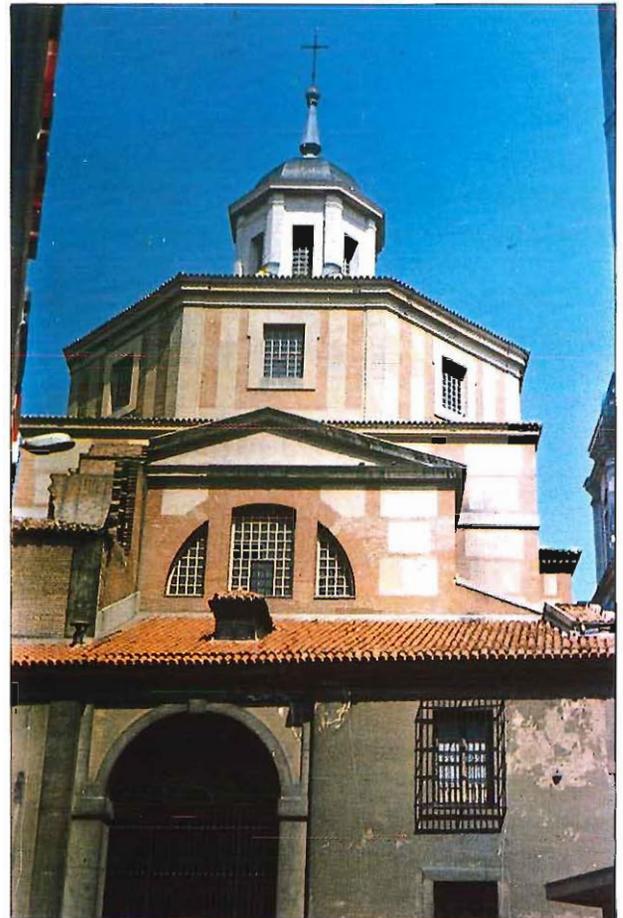
No es difícil imaginar el día del estreno: mujeres jóvenes como doña Paquita yendo al teatro a presenciar el espectáculo, acompañadas por sus madres o sus galanes, señores graves, clérigos, y un público ruidoso de “chorizos” dispuestos a reventar la obra.

A medida que la representación avanza el público se va dejando ganar por la hondura del conflicto dramático y cada espectador hace suya una parte del problema. Hasta los “chorizos” siguen con interés el desarrollo de la comedia. La obra terminó entre aplausos del público.

7.- La tertulia de la Fonda de San Sebastián

Estaba situada en la vieja calle del Viento, hoy denominada de San Sebastián, en una casa que hubo en el solar donde se edificó luego el suntuoso palacio de los condes de Tèpa, hoy convertido en casa de vecinos y que hace esquina con la plaza del Angel.

El propietario o encargado de la fonda, un italiano llamado Gippini, alquiló un cuarto del piso bajo a un grupo de intelectuales para que tuviesen allí su tertulia y no en las celdas de los conventos, como había sido costumbre hasta entonces.



Fachada de la iglesia de S. Sebastián desde la calle Atocha.

El resto del piso bajo era un café que Moratín retrató en *La comedia nueva o el café*, e incluso un mozo que en él servía, llamado Agapito, que en la obra recibe el nombre de Pipí.

Formaban la tertulia los italianos Pedro Napoli Signorelli, Juan Bautista Conti, Ignacio Bernascone (ambos vecinos de casa de Moratín), Mariano Pizzi, Nicolás Fernández de Moratín, el fundador de la tertulia, y luego su hijo Leandro cuando empezó a interesarse por la literatura. A esta tertulia se sumaron Cadalso, Iriarte, Juan Pablo Forner, García de la Huerta, Ignacio López de Ayala y Trigueros.

El grupo circunscribía sus temas de conversación a literatura, toros y mujeres; y estaba prohibido hablar de política. Se leían obras de los contertulios, como *La petimetra* de Nicolás Fernández de Moratín y las *Cartas Marruecas* de Cadalso. En esta tertulia comenzaron las críticas a los autores del Siglo de Oro, como Quevedo, Calderón, Lope, etc. También

atacaron con terrible crueldad a los escritores postbarrocos y a don Ramón de la Cruz. De este último, los Moratines, padre e hijo, criticaban su descuido al escribir y su éxito entre las clases populares a las que, decían, retrataba esquemáticamente.

La tertulia concluía casi a la hora de la cena, momento en que cada contertulio marchaba a su casa.

Años más tarde Gippini abrió un café que se llamó “La fontana de Oro” y en ella se instaló una tertulia menos selecta que la de la Fonda de San Sebastián.

(Lectura n.º 9: “La crítica de Moratín al teatro de su tiempo”).

8.- La iglesia de San Sebastián

Frente al lugar donde estuvo la Fonda de San Sebastián, está la Iglesia del mismo nombre y su cementerio (hoy desaparecido), donde fueron enterrados Lope de Vega, Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón; y en el siglo XVIII don Ramón de la Cruz (en 1795), y la actriz María Ignacia Ibáñez. En la capilla donde está enterrado Lope, a la izquierda del altar, hay una placa que recuerda que allí fue bautizado Moratín.

Esta iglesia fue escenario de un episodio que conmovió a la opinión pública de Madrid. Como se recordará María Ignacia, la amada de Cadalso, fue enterrada en la capilla de la Virgen de la Novena de esta iglesia. Cadalso, inconsolable, iba a visitar la tumba todos los días y permanecía en la capilla hasta la hora del cierre. Luego caminaba sin rumbo por las calles próximas: Huertas, Atocha, y el propio callejón del Viento. Un día, en una taberna de la calle Huertas, próxima a la iglesia, se puso de acuerdo con el sepulturero para que le permitiese desenterrar el cadáver de María Ignacia. Pensaba llevárselo a su casa de la calle de Santa María, prender fuego a la vivienda y esperar la muerte acostado en el lecho junto al cadáver de María Ignacia. Así quedarían unidas las cenizas de ambos.

Dos noches estuvo intentando levantar la losa de la tumba y al tercero consiguió desplazarla. De su interior salía un hedor insoportable. Cuando Cadalso se disponía a abrir el ataúd, media docena de guardias se lo impidieron. El caso pasó al tribunal de la Inquisición, que castigaba severamente la profanación de los muertos. Pero Cadalso era hombre conocido y de todos era sabida su enajenación transitoria. Gracias a la



Archivo de la Parroquia de San Sebastián (bautizo de Moratín).

intercesión del conde de Aranda se impuso a Cadalso la pena del destierro, evitando sanciones mayores.

El recuerdo de sus amores y del triste episodio sirvió como tema de las *Noches lúgubres*, una de sus obras más famosas. Cuando Cadalso murió, en 1772, tenía don Leandro doce años de edad.

9.- La imprenta de Ibarra

Por uno de los costados de la plaza de Santa Ana se emboca la calle de Núñez de Arce en la que estuvo la casa y la imprenta de Ibarra. Una lápida colocada en la casa que tiene el número 11 lo recuerda.

Nada queda hoy de la imprenta y de la casa pero conviene recordar que la imprenta madrileña se desarrolló y perfeccionó enormemente en el siglo XVIII.

Las ediciones de Joaquín de Ibarra fueron principalmente de libros y destacaron por ser las más cuidadas y

mejor impresas. En esta imprenta se editaron el *Poema del Mio Cid* y el *Quijote*, entre otros libros de autores clásicos. También libros científicos, tratados filosóficos y obras literarias del siglo XVIII seleccionadas siguiendo los criterios de los ilustrados.

Las ediciones de libros hechas por Joaquín Ibarra tienen un gran valor para los coleccionistas y los amantes de los libros, por ser modélicas de la imprenta madrileña.

En el siglo XVIII aumentó el número de lectores con respecto al siglo anterior; se publicaban obras de moda de autores españoles y extranjeros, principalmente franceses, y también revistas y diarios.

De las comedias que se representaban en los teatros de "la Cruz" y del "Príncipe" se hacían ediciones para el público y las más famosas se agotaban rápidamente.

En *La comedia nueva o el café*, don Eleuterio, el protagonista, está muy interesado en saber cuántos ejemplares

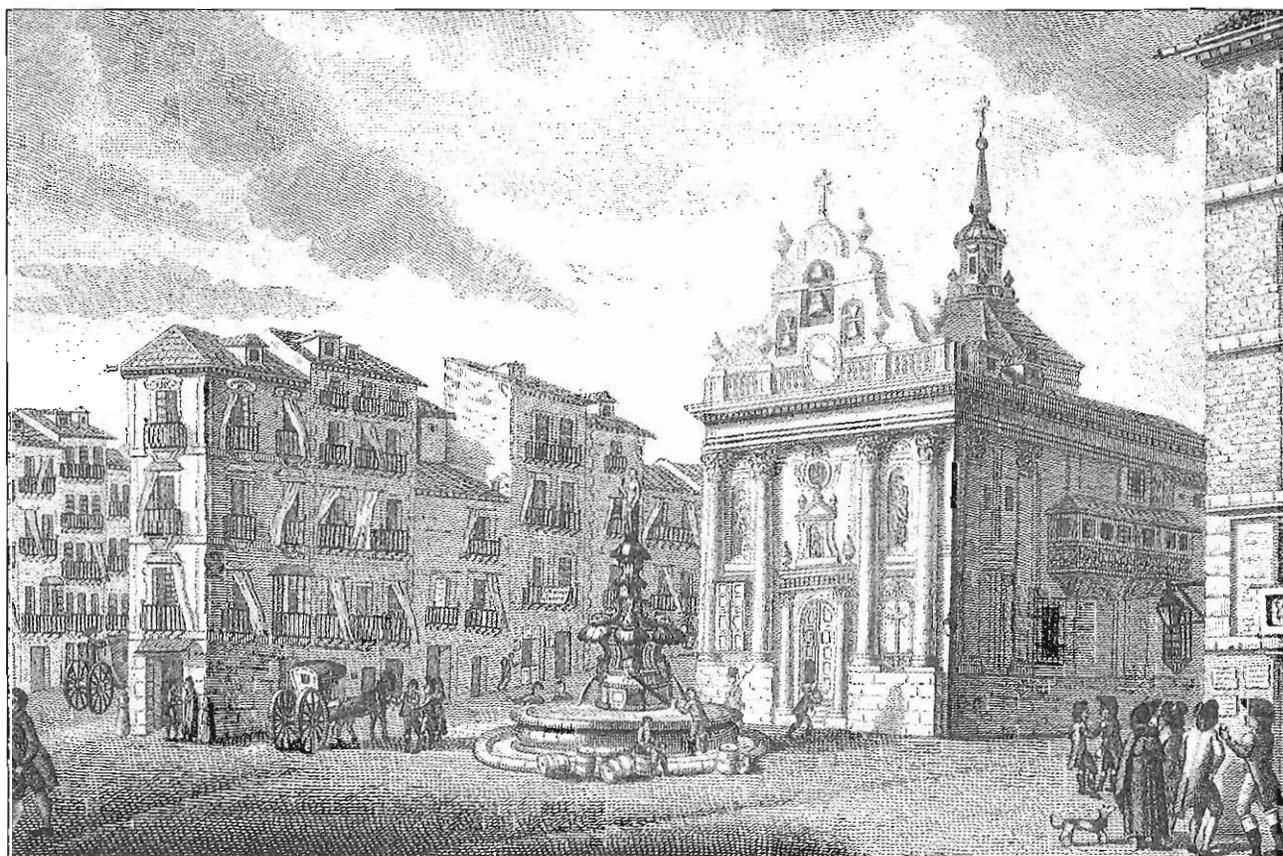
de su comedia se han vendido hasta ese momento.

(Lectura n.º 10: "Sobre la impresión y venta de comedias").

10.- La Carrera de San Jerónimo

Retrocediendo a la plaza de Santa Ana se emboca la calle del Príncipe, una calle de mucha solera teatral, flanqueada de pequeñas travesías llenas de bares, tabernas y restaurantes a las que acude la gente a la salida de las representaciones del teatro Español y del teatro de la Comedia. El final de la calle desemboca en la carrera de San Jerónimo, camino que llevaba al Monasterio de los Jerónimos del que sólo se conserva hoy la iglesia.

La carrera fue en el siglo XVIII un camino ancho que unía la Puerta del Sol, que entonces no tenía la importancia que adquirió en el siglo XIX, con el paseo de moda que era el Prado. En la Carrera estuvo la imprenta de Pantaleón Aznar, donde se imprimió el primer manifiesto taurino (1777), escrito por don Nicolás Fernández de Moratín.



Puerta el Sol. Iglesia del Buen Suceso, entre Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. (Biblioteca Nacional).

Había en el camino una botillería muy famosa, la de “Canosa”, a la que acudían gentes de todas las condiciones sociales a tomar alguna bebida a la salida del teatro y a su vuelta del Paseo del Prado. A las señoras les estaba prohibida la entrada; por ello paraban sus coches a la puerta del local y allí les servían los refrescos.

También Moratín frecuentaba esta botillería, como se desprende de la lectura de su Diario escrito en una curiosa mezcla de castellano, latín, francés y a veces, inglés: “Calles, ici Conde; cum il, Calles; promenade; cum il, Colegiales, *Canosa*, Refresco; cum Conde chez Melón” (3 de octubre de 1798). Iba acompañado de sus amigos y conocidos, pues gustaba de la charla y de la amistad y era muy aficionado a los paseos por la ciudad.

Imaginémosle una tarde de finales de siglo acompañado por Paquita Muñoz. A la salida del teatro, al que tan aficionado era don Leandro, comenta la obra y la interpretación de los actores. Paquita lo escucha entre complacida y respetuosa y mientras hablan se encaminan al Paseo del Prado. En la Carrera de San Jerónimo se cruzan con gentes que vienen del paseo y que se paran a refrescarse. Distinguen a algún conocido de don Leandro y juntos se encaminan hacia el Paseo. Al fondo se divisa la bella fuente de Neptuno, entre la arboleda y el grupo de personas que charlan a su alrededor. El camino del Prado es un incesante ir y venir de coches y jinetes que desde el caballo se saludan con las damas que se cruzan con ellos. Hay lacayos, aguadores que ofrecen agua fresca en botijos, puestecitos de frutas... Es la vida de Madrid que bulle. Paquita Muñoz sueña



En la botillería espero. (Biblioteca Nacional).

con una promesa de matrimonio de don Leandro.

En este camino hacia el Prado, y en los años que fueron más felices en la vida del escritor, terminamos el recorrido por el Madrid que vivió y retrató Leandro Fernández Moratín.

(**Lectura** n.º 11: “Doña Mariquita pierde la ocasión de casarse”).

(**Lectura** n.º 12: “Carta de Moratín a Paquita Muñoz”).

3. LECTURAS

M

ADRID EN LOS TEXTOS DE MORATÍN

1.- La despedida

*Nací de honesta madre; diome el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente,
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.*

*Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas a mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.*

*Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, la Musas bellas
Mi pasión fueron, el honor mi guía.*

*Pero si así las leyes atropellas,
si para tí los méritos han sido
Culpas, adiós, ingrata patria mía.*

(La despedida)

En este soneto Moratín se queja de la maledicencia y de la hostilidad que le demostraron sus compatriotas y reafirma sus cualidades personales. Está escrito con un tono seguro y orgulloso que no es frecuente encontrar en su obra.

2.- Elegía a las Musas

(...)

*Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre a recibirme;
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto*

*Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde a las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.*

(Elegía a las Musas)

Esta elegía fue escrita en Francia. Moratín se despide en ella de las Musas que le habían inspirado toda su obra, recuerda la patria destrozada por la guerra y le desea mayor ventura. Se despide con el ruego de que las musas dispongan su descanso en una tierra extraña, bañada por el río Garona.

3.- La Petimetra en el Paseo del Prado

*Pues no ha, don Félix, tres meses
Que una mañana en el Prado
Al pié de un árbol sentada,
Del fresco ambiente gozando,
Hallé una dama tan bella,
Que no cabiendo en el labio
Su perfección, no la pinto;
(...)*

*Con muestras de cortesano
La hablé; respondió discreta
Y afable; mas no es extraño,
Siendo discreta, que huyese
Del vulgar grosero trato
De aquéllas, que encubrir quieren
La necedad con lo ingrato
(...)*

*Es tanta su bizarría
Su perfección y su garbo
Que es lo menos su hermosura,
Con tenerla en sumo grado.*

*Aquel andar tan airoso,
 Aquel chiste y desenfado,
 Aquel primor con que juega
 De la basquiña y el manto,
 Su discreción, su gracejo,
 La invención de su tocado,
 El buen gusto en el vestir,
 Y del vestido lo estraño,
 Admiración de la corte
 Es, y aún de la España; y tanto,
 Que ya por antonomasia
 (...)
 La Petimetra la llaman,
 Título con que se ha alzado,
 Y en Madrid es conocida”.*

Nicolás Fdez. de Moratín
(La petimetra
 Acto I, escena primera).

El Paseo del Prado se había convertido a finales del siglo XVIII en punto obligado de cita y paseo de los madrileños.

Llamaban la atención las “petimetras”, una nueva modalidad de mujer extravagante que hacía ascos a todo lo que significase tradición y hábitos españoles.

La “petimetra” que se pinta en el romance de Nicolás Fernández de Moratín, es mujer de humor variable y caprichoso que vive pendiente de su hermosura, del buen gusto en el vestir y que “huye del vulgar grosero trato” de las gentes, adoptando un aire sofisticado que produce “admiración en la corte” y a la que todo Madrid conoce como “La Petimetra”.

Sus pretendidos modales refinados, a la francesa, encubren sin embargo vaciedad y malcrianza, defectos que Moratín padre señala irónicamente cuando describe su comportamiento, sus modales y su vestido.

4.- Buscando esposa en el Prado

...y está tan malo eso de casarse un hombre; un día que fui al Prado y me dio un mal pensamiento, me volví a casa pensando en que era mejor casarme de asiento, que andar a saltos.

*Pensé en aquella y en la otra,
 a tiempo que entró en mi cuarto
 la chica a poner la mesa.
 No me acuerdo de que hablamos
 al principio; pero bien
 sé que luego nos trabamos
 de palabras; no sé cómo
 nos dimos palabra y mano,
 y en fin, amigo, quedó
 el asunto rematado;
 de modo que a pocos días
 de secreto nos casamos.*

Don Ramón de la Cruz
(La presumida burlada)

El texto de Don Ramón de la Cruz ofrece la pintura de otro tipo humano, también habitual del Paseo del Prado. Al lugar acudían solterones y viudos que buscaban casarse con mujeres jóvenes criadas a la antigua usanza; pero la mezcla social que se producía en el paseo acrecentaba los deseos de las mujeres por parecerse a las “petimetras”, de modo que hallar una esposa tradicional resultaba cada vez más difícil, como señala el personaje de este texto escrito en romance: “y está tan malo/eso de casarse un hombre/...”.

El personaje de Don Ramón de la Cruz es uno más de esa galería de hombres burlados, que tan frecuentemente aparecen en sus sainetes. Se casó tarde y mal con la criada: “pensé en aquella y en la otra,/a tiempo que entró en mi cuarto/la chica a poner la mesa/...”, y acabó siendo dominado por esta mujer despótica y derrochadora.

5.- El barrio de los actores

D. Serapio. *¡Unas ganas tengo de pillar al tan guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh! Pero el otro día ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y los otros de su pelo a casa de la Ramírez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, o unos pimientos en vinagre, o así; y luego se van a palmotear como*

desesperados a las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio; ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y en la primera comedia que echen en el otro corral, ¡zas!, sin remisión, a silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

**(La comedia nueva o el café
Acto II, escena II).**

La plazuela de San Juan debía ser, según se desprende de la lectura del texto, una especie de mentidero de los “hinchas” de teatro que acudían a casa de las actrices domiciliadas en el barrio para visitarlas y homenajearlas.

6.- Los abuelos de Moratín

“Yo era el embeleso de mi familia: mi hermosura, mis gracias y mi talento natural me tenían siempre al lado de mis abuelos: allí comía y dormía cuasi habitualmente; y todas las noches, cuando mis padres se retiraban, siempre hallaba mi abuela algún pretexto plausible para que yo me quedara de huésped, y cuasi siempre lo conseguía...

Tenía yo cuatro años, cuando las viruelas me pusieron a punto de muerte: las pasé en casa de mis abuelos; mi padre y mi madre no entraban por la puerta, por el fundado temor de llevar esta peste a mi casa, donde había otros niños, que no la tenían aún. Por consiguiente, mi abuela, mi tía y toda aquella familia me asistieron, con un afán y un amor materno, que nunca sabré agradecer bastante. A estas virtudes domésticas debí mi existencia: ¿quién dirá que a los cuidados de mi santa abuela debe nuestro teatro “La comedia nueva”, “La mojigata” y “El sí de las niñas”.

En este texto en el que Moratín evoca su infancia, se percibe la huella psíquica que las viruelas dejaron en el escritor, el recuerdo complacido de los mimos y cuidados recibidos en un momento tan difícil de su vida y sobre todo

satisfacción y un punto de vanidad por ser el autor de las comedias que cita y que considera fundamentales para la renovación del teatro de su tiempo.

**7.- La venta de comedias en el
Mentidero de los representantes**

Don Antonio.— *¡Calle! ¿Conque en empezando a helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.*

Don Eleuterio.— *Pues mire usted: aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen a éste, otro a aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos a escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas (2), zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¡Qué sé yo cuánta ensalada trae allí! Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?*

**(La comedia nueva o el café
Acto I, escena III).**

En este diálogo entre don Antonio y don Eleuterio de “La comedia nueva o el café” se critica el poco valor que se concede en el mundillo del teatro a las piezas dramáticas de calidad ya que los empresarios, atentos sólo al lucro y al éxito fácil, compran obras a precio de saldo, y en consecuencia cualquier persona que sabe leer y escribir se atreve a inventar comedias sin atender a la verosimilitud, elegancia del lenguaje y a la hondura dramática.

(2) Folla: diversión teatral compuesta de varios pasos de comedias inconexas, mezclados con otros de música.

8.- Las virtudes de la mujer casadera

Don Hermógenes.— *Pues, ¿quién ama tan de veras como yo? ¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeo egipcios, ni todos los Seleucidas de Asiria, sintieron jamás un amor comparable al mío?*

Doña Agustina.— *¡Discreta hipébole! Viva, viva. Respóndele, bruta.*

Doña Mariquita.— *¿Qué he de responder, señora, si no he entendido una palabra?*

Doña Agustina.— *¡Me desespera!*

Doña Mariquita.— *Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien se está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone; porque la quiero yo a usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos y... qué se yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.*

(...)

Don Hermógenes.— *[cuando se case] Yo la instruiré en las ciencias abstractas; le enseñaré la prosodia; haré que copie a ratos perdidos el “Arte magna” de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos o tres hojas del “Diccionario” de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estética; después...*

Doña Marquita.— *Después me dará un tabardillo pintado y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor; si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé planchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿Para perder el juicio?...*

(La comedia nueva o el café
Acto II, escena I).

En este divertido diálogo entre doña Mariquita y su prometido don Hermógenes se pone de manifiesto la falta de sentido común que este último demuestra en sus gustos y aficiones y su nulo sentido de la realidad. Doña Mariquita, por el contrario, sí sabe lo que quiere y rechaza ese batiburrillo de conocimientos inútiles que don Hermógenes considera cultura, seleccionando aquellos que le sirven para la vida real.

9.- La crítica de Moratín al teatro de su tiempo

Don Pedro.— *Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de buhardilla la abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de..., de... No, señor; menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que esos otros cuando quieren hablar en razón.*

(...)

Don Antonio.— *Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en el que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.*

Don Pedro.— *Pero, ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de la reforma se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los*

extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

(La comedia nueva o el café
Acto II, escena V).

Las preocupaciones de Moratín como defensor de un teatro renovador se hacen muy vivas en este personaje de la comedia. Moratín aboga por un teatro que muestra situaciones verosímiles de las que se pueda extraer una enseñanza, expresada de una forma natural y con buen gusto. Critica el teatro de su tiempo que plantea situaciones extravagantes y disparatadas, sujeto a fórmulas teatrales vacía de inventiva y gracia. Reconoce capacidad creadora y calidad literaria a nuestros autores clásicos (Calderón, Moreto, Rojas, Solís), si bien señala que no le gustan.

10.- Sobre la impresión y venta de comedias

Don Eleuterio.— *¿La ha leído usted?*

Don Antonio.— *No, por cierto.*

Don Pedro.— *¿La han impreso?*

[Se refiere a la comedia]

Don Eleuterio.— *Sí, señor. ¿Pues no se había de imprimir?*

Don Pedro.— *Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta; y, sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.*

Don Antonio.— *¡Qué! No, señor. Si le digo a usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?*

Don Eleuterio.— *Se vende en los puestos del "Diario", en la librería de Pérez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita y en el puesto de los cobradores a la entrada del coliseo. Se vende también en la tienda de vinos de la calle del Pez, en el herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la...*

Don Pedro.— *¿Se acabará esta tarde esa relación?*

Don Eleuterio.— *Como el señor preguntaba...*

Don Pedro.— *Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!*

Don Antonio.— *Pues la he de comprar, no tiene remedio.*

(La comedia nueva o el café
Acto I, escena III).

De nuevo aparece la preocupación de Moratín por la calidad de las obras dramáticas. El desarrollo de la imprenta favoreció la difusión de todo tipo de publicaciones y ello dificultó, a juicio de Moratín, la implantación del teatro neoclásico como escuela de costumbres y modelo de buen gusto.

El texto, muy interesante, pone de manifiesto la afición del público madrileño por las comedias. Buenas o malas, se imprimían, a veces antes de representarse, y se vendían en puestos de prensa, librerías, a la entrada del teatro y en los comercios dedicados a otras actividades.

impresa tiene acaso un público muy numeroso).

11.- Doña Mariquita pierde la ocasión de casarse

Doña Mariquita.— *Ya ve usted, hermana, lo que ha venido a resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazón... Mire usted qué hombre; después de haberme traído en palabras tanto tiempo y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que a lo menos es hombre de bien y no sabe latín ni se mete a citar autores, como ese bribón...*

¡Pobre de mí! Con dieciséis años que tengo y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado. ¡Dios me perdone!, quitarme mi acomodo, engañar a mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

Don Antonio.— *No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no le faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.*

(La comedia nueva o el café
Acto II, escena VIII).

Doña Mariquita, a sabiendas de que su prometido don Hermógenes era un hombre ridículo, fomenta la ruptura del compromiso matrimonial y lamenta la pérdida de otro partido, menos conocedor de latines pero de posición más segura. Ya no puede enmendar el error y, como carece de fortuna personal, piensa que se quedará soltera. Don Antonio, otro personaje de la obra, la tranquiliza: no necesitará ser rica para casarse, pues posee otras cualidades que la ayudarán: belleza, simpatía, inteligencia y gracia.

Y seguramente doña Mariquita, tan pizpireta y decidida como era, no se quedó sin casar y encontró un marido más a su gusto que el pedante y oportunista don Hermógenes.

12.- Carta de Moratín a Paquita Muñoz

A Dña. Francisca Muñoz

Barcelona, 10 abril 1816

Amiga Paca: No sé qué decirle a usted, si no la repito lo que he dicho ya; pero para añadir algo, puesto que usted ha añadido también algunas circunstancias agravantes a las que ya me había escrito, la digo que no me parece que perderá usted una gran fortuna en perder ese matrimonio. Usted ha de abandonar a su madre, la cual es cierto y averiguado que morirá con esta separación; él no la quiere en su casa, y trata de mudar de tierra, y es constante y aun terco en sus propósitos; pues si se queda sin madre cuando se case, ¿qué proyectos son los de usted de socorrerla cuando usted enviude? ¿No conoce usted que esto es una contradicción manifiesta?

Antes era teniente coronel, y ahora no es más que capitán, y lo que tiene son quince o veinte duros al mes (cuando se los paguen): pues, amiga, repito que no es una gran fortuna...

Nada de esto le dijera a usted, si usted no me repitiese continuamente que no está enamorada. Un hombre de quien usted no está enamorada no la debe hacer vacilar jamás en el cumplimiento de su primera obligación. El amor todo lo disculpa; pero cuando no hay amor debe haber reflexión y juicio, y no hay disculpa para una mujer cuando, sin tener amor, hace un disparate. Omito hablarla a usted de la vida militar, de sus marchas, de sus peligros, de la miseria y trabajos que la acompañan, porque si usted no lo sabe ya, es señal de que no quiere saberlo...

No volveré a hablar más de este asunto, y concluiré diciéndola a usted que no malgaste el tiempo de gemir y llorar y moquear; que lloran ustedes más que Jeremías, y eso de nada sirve. Pues para reflexionar con juicio y buena razón si a usted le conviene o no lo conviene el tal matrimonio, si le quiere usted, o no le quiere, ¿se necesita llorar tanto, ni poco, ni nada? Yo no he visto gente más amiga de llorar. Si yo me hubiese puesto a llorar en mis trabajos, en vez de discurrir lo que me convenía hacer, ya no tendría ojos; y mi mala suerte no por eso hubiera sido mejor. Conque repito que he concluido de hablar de esta materia.

Carta dramática, no tanto por lo que dice don Leandro, que muestra despego e impaciencia, sino porque adivinamos el tono de la que Paquita debió enviar a su amigo, en un desesperado intento de decidirle al matrimonio. Frente a su pasión y desconsuelo, Moratín propone cordura y sentido común y trata las cosas del corazón como si fuesen negocios corrientes.

El temor a equivocarse y a ser herido inhibieron al escritor durante toda su vida y finalmente le cerraron las puertas de la felicidad y el amor.

4. ORIENTACIONES DIDACTICAS

S

UGERENCIAS DE ACTIVIDADES

Si el recorrido literario se lleva a cabo con alumnos, será conveniente complementarlo con ejercicios de *preparación, aplicación y explotación* de esta actividad, realizados de modo que no pierdan su carácter lúdico y creativo.

A continuación se proponen ejercicios como sugerencia para que los profesores que son quienes decidirán la amplitud y el tipo de ejercicios a realizar, de acuerdo con la edad de los alumnos y el tiempo programado para esta tarea.

A) Preparación de la salida

— Documentación:
Buscar en los libros de texto, enciclopedias, libros disponibles en la biblioteca del centro y otras fuentes documentales posibles, información sobre el siglo XVIII relativa a las tendencias literarias y artísticas y la historia de ese período.

— Historia:
Buscar documentación sobre la historia de España entre 1760 y 1828 principalmente en los aspectos políticos y sociales, prestando atención preferentemente a todo lo que se refiera a la ciudad de Madrid.

— Arte:
Escuelas, autores y obras más importantes en arquitectura, urbanística, pintura y escultura.

— Literatura:
Tendencias, géneros, autores y obras más significativas del siglo XVIII

(especialmente del teatro popular y neoclásico).

Sobre la vida y obra de Leandro Fernández de Moratín.

— Lecturas:

Antes de pasar a las lecturas sobre temas madrileños que se han seleccionado en esta guía, es conveniente que los alumnos conozcan otros textos de Moratín y otros autores del siglo XVIII. Para ello se pueden utilizar textos recogidos en antologías, libros de texto o piezas dramáticas completas.

B) Durante el recorrido

- Seguir el itinerario del plano, localizando los lugares visitados.
- Tomar nota de los edificios y monumentos dieciochescos que se encuentran en el recorrido.
- Lectura de los textos indicados para ilustrar las paradas del itinerario.
- Tomar apuntes y notas de los detalles más significativos del recorrido para realizar trabajos posteriores en clase.
- Observar y tomar nota de otros “detalles menores” del itinerario, “detalles” no monumentales del Madrid actual (rincones pintorescos, actividades profesionales, personajes, locales, costumbres, etc.) en los que pueda establecerse alguna relación con Moratín, sus personajes, su época.

C) Después de la salida

— Lectura comprensiva:
Lectura comprensiva de los textos complementarios del recorrido. De los que se consideren más interesantes se puede desarrollar un comentario más detallado.

Se atenderá a los siguientes aspectos:

- Lectura comprensiva.
- Interpretación: contenido, temas, personajes, etc.
- Referencias madrileñas: urbanas, sociales, costumbristas, históricas, etc.
- Aspectos literarios: estructura, género, lenguaje literario, referencias al autor, etc.

- Reflexión y comparación usando otros textos como referencia.

PROPUESTAS DEL COMENTARIO

Cada lectura tiene un centro de interés que conviene destacar en el comentario utilizándolo como eje temático.

Véase algún ejemplo:

Texto n.º 1: “La despedida”.

Se trata de un soneto de carácter autobiográfico en el que Moratín hace su autorretrato y se lamenta de la incompreensión de su contemporáneos. Se pueden analizar en este texto las siguientes cuestiones:

- **Contenido:** resumen del contenido literario del poema y localización de todas las referencias a la biografía de Moratín y a España que aparecen en él.
- **Estructura:** análisis de las partes de que consta el soneto. Tema principal. Características métricas.
- **Aspectos lingüísticos:** características del léxico utilizado en el poema. Particularidades sintácticas. Recursos estilísticos, figuras literarias. Buscar en el diccionario las palabras desconocidas.
- **Otras cuestiones:** las alusiones mitológicas. Diferenciar el lenguaje poético frente al que usa Moratín en prosa.

Texto n.º 9: “Las cualidades de la mujer casadera”.

La jovencísima Mariquita expone con gracia inigualable sus cualidades de futura ama de casa.

Se pueden analizar las siguientes cuestiones:

- **Contenido:** resumir el contenido e individualizar a los personajes.
- **Estructura:** analizar la estructura dramática del texto: partes de que consta. El tema principal. Relación que guarda esta escena con el resto de la obra.
- **Aspectos lingüísticos:** buscar en el diccionario las palabras desconocidas. Localizar las expresiones y giros coloquiales, frases truncadas, incorrecciones sintácticas... que aparecen en el texto.

Señalar los recursos de que se sirve Moratín para indicar la irritación creciente de Mariquita.

- **Otras cuestiones:** elementos humorísticos contenidos en el texto.

Texto n.º 10: “La crítica de Moratín al teatro de su tiempo”.

- **Contenido:** resumen del contenido del texto. Aclarar las referencias que aparecen en él.
- **Estructura:** partes de que consta el texto. Tema principal. Relación del texto con el resto de la obra a la que pertenece. Componentes teatrales que aparecen en él.
- **Aspectos lingüísticos:** comentar la prosa utilizada en el texto. Buscar las expresiones y giros coloquiales que aparecen en él. Los recursos retóricos.
- **Otras cuestiones:** propuestas del teatro neoclásico. Justifica la preocupación del personaje por la opinión que puede merecer nuestro teatro a los extranjeros.

OTROS EJERCICIOS

Expresión oral:

- Exposición de las ideas de Mariquita sobre lo que debe saber una mujer.
- La vida madrileña en el siglo XVIII: espectáculos y diversiones.
- Lectura dramatizada de algunas escenas del “*El sí de las niñas*”.
- Entrevista a algún vecino de la plazuela de San Juan para que hable sobre la vida del barrio y su historia.

Expresión escrita:

- Describir a Moratín.
- Narrar la historia de Paquita Muñoz.
- Escribir un diálogo entre Moratín y Goya.
- El teatro neoclásico frente al teatro tradicional: exposición y argumentación.
- Resumir la vida de Moratín.
- Redactar un informe sobre la presencia de Moratín en el Madrid actual: en lápidas, edificios, calles, etc., que lleven su nombre o lo recuerden.

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL

ALBORG, Juan Luis: *Historia de la literatura española*, tomo III Madrid, Gredos, 1980.

ANDIOC, René: *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid, Castalia, 1976.

CRUZ, don Ramón de la: *Sainetes*. Lisboa, Amigos do Livro, 1985.

CRUZ, don Ramón de la: *Sainetes*. Madrid, Castalia, 1988.

DÍAZ PLAJA, Fernando: *La vida española en el siglo XVIII*. Barcelona, Ed. Alberto Martín, 1946.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Hechos y figuras del siglo XVIII español*. Madrid, Ed. siglo XXI, 1977.

El amigo de las mujeres, traducido del francés al castellano por Don Mariano Nipho, Madrid año 1785. Librería de Correa frente de S. Felipe el Real.

ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de: *El Madrid de Moratín*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1959.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *El sí de las niñas*, edición de María Teresa Barbadillo. Madrid, Anaya, 1985.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *El sí de las niñas. La comedia nueva o el café. La derrota de los pedantes. Lección poética*. México, Ed. Porrúa, 1979.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *Diario* (mayo 1780-marzo 1808). Madrid. Ed. Castalia, 1967.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: *Teatro completo*. Barcelona, Ed. Bruguera, 1976.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás: *La petimetra*. Badajoz, Universidad de Extremadura, 1989.

LACADENA CALERO, Esther: *La prosa en el siglo XVIII*. Madrid, Playor, 1985.

LUCEA GARCÍA, Javier: *La poesía y el teatro en el siglo XVIII*. Madrid, Ed. Playor, 1984.

MARTÍN GAITE, Carmen: *Usos amorosos del dieciocho en España*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1972.

RULL, Enrique: *La poesía y el teatro en el siglo XVIII*. Madrid, Ed. Taurus, 1987.

SÁINZ DE ROBLES, Federico: "Los antiguos teatros de Madrid" en *Cielo y tierra de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1969.

SÁINZ DE ROBLES, Federico: *Torres Villaroel y el Madrid de su tiempo*. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños. 1989.

SAN JOSÉ, Diego de: *El Madrid de Goya*, Madrid, Imprenta Renacimiento, 1928.

RUIZ RAMÓN, Francisco: *Historia del teatro español*. Madrid, Cátedra, 1979.



EDUCACIÓN

SERVICIO DE EDUCACION DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Mejía Lequerica, 21 - 28004 Madrid
Teléfonos 447 54 50 - 447 54 54



Madrid, un libro abierto